

VEGA, VENTURA DE LA (1807-1865)

LA MUERTE DE CÉSAR

Tragedia en cinco actos, en verso

PERSONAS:

CÉSAR.
BRUTO.
CASIO.
MARCO ANTONIO.
CICERÓN.
LÉPIDO.
DECIO BRUTO, *senador.*
CASCA, *senador.*
TREBONIO, *senador.*
CIMBRO, *senador.*
CINA, *senador.*
MARCELO, *tribuno del pueblo.*
FLAVIO, *tribuno del pueblo.*
QUINTO LIGARIO.
PUBLIO SIRO, *poeta actor.*
LABERIO, *poeta actor.*
ENNIO, *esclavo de Casio.*
LUCIO, *esclavo de Quinto Ligario.*
ARTEMIDORO, *liberto.*
FABERIO, *secretario de César.*
VALERIO, *jefe de lictores.*
LUCIO COTA, *quindecemviro.*
OCTAVIO, *sobrino de César.*
SERVILIA, *madre de Bruto.*
LICIA, *esclava de Servilia.*

Senadores, sacerdotes, lupercos, esclavos, pueblo, lictores, soldados.

La acción pasa en Roma

ACTO PRIMERO

En el palacio de César

Escena I

CÉSAR, MARCO ANTONIO.

(Cuatro amanuenses siguen la palabra de César, que les dicta alternativamente.)

ANTONIO

César, perdona si importuno Antonio
a interrumpir se atreve tus tareas.
Deja un instante de pensar en Roma
y en ti y en mí y en tus amigos piensa.
¿No basta que en la rota de Farsalia,
desoyendo mi voto, tu clemencia
concediera la vida a los vencidos?
Pues ¡por Júpiter sacro! ¿a qué te empeñas
en colmarlos de honores y mercedes?
Bruto es pretor de Roma: esa caterva
de senadores, que siguió a Pompeyo,
a Roma traes y en el senado sientas.
Cimbro, Casio y Marcelo y Flavio y Cina,
tus contrarios ayer, con insolencia,
aquí, a tu vista, en tu palacio mismo,
tan soberbios y altivos se presentan,
que a veces dudo si en Tesalia acaso
yo a Pompeyo seguí, y ellos a César.
Esa bondad, en vez de cautivarlos,
su orgullo irrita y su osadía alienta.
Ya hacen correr que el hijo de Pompeyo
se alza segunda vez; ya que de Persia
Cecilio Baso con crecida hueste
rápido avanza y al Eúfrates llega.
El locuaz Cicerón con desenfado
tus edictos en público comenta,
luciendo epigramáticos donaires
que en daño tuyo repetidos vuelan.
César, vuelve en tu acuerdo; por ti mira:
la confianza hasta el exceso llevas.
Déjame del poder, que entero abarcas,
lo que baste a velar en tu defensa,

a descubrir y castigar traidores.
No más reclamo, mi ambición es esa.
Al dictador el cónsul se lo pide:
al amigo el amigo se lo ruega.

CÉSAR

Antonio, me distraes.

(Dictando.)

«Volver a Roma
pueden, en libertad, cuantos la enseña
de Pompeyo siguieron.»

(A Antonio.)

¿Perdurables

los odios han de ser? Hasta las huellas
quiero borrar de las pasadas luchas.
El que en la cumbre del poder se venga,
o de su propia fuerza desconfía,
o no ha nacido para tal grandeza.
No me hables de venganzas.

(Dictando.)

«Una vía

abrir, que rompa la agria cordillera
del Apenino, y desde el Tíber cruce
al Adriático mar. -Roma decreta
unir los mares Jónico y Egeo,
cortando el istmo de Corinto. -Guerra
declara Roma al Parto.»

ANTONIO

¡Eso me agrada!

CÉSAR, *dictando.*

«El dictador coronará la empresa
al frente de las águilas romanas.»

(Dirigiéndose a Marco Antonio y dándole la mano.)

Tú me acompañarás. El ocio enerva,
querido Antonio, tus antiguos bríos.
Hasta tímido estás: curarte es fuerza.

ANTONIO

¡Tímido yo! Convoca las legiones:
llévame pronto a la marcial pelea:
dame que en franca lid, en campo abierto,
llenando el aire bélicas trompetas,
sobre mí solo rehilando caigan
nubes de dardos que mis ojos vean.

¡Dulce y noble morir! Mas ¡oh! ¡qué es duro
en voluptuosa estancia, donde humean
pebeteros de Arabia, coronada
de albas rosas la ungida cabellera,
sobre tirios tapices reclinado,
en alegre banquete, do se ostentan
en fuentes de oro que el triclinio abruma
y el fulgor de cien lámparas reflejan,
ora humeante el jabalí de Umbría,
cuya mole simétricos rodean
rombos del Tíber, ostras del Lucrino,
y de purpúrea túnica cubierta
blanca langosta, y el pavón de Juno,
que cual rey del banquete se presenta
bajo el dosel que su rizada pluma
de tornasoles fúlgidos despliega;
ya las olivas que Tarento envía,
las matizadas pomos de Pompeya,
y destilando miel, rubios topacios,
los dátiles de Siria; y cuando eleva
el parásito Sergio, ya beodo,
himnos a Baco, al son de las cadencias
de música festiva, y yo en el seno
reclinado de Cíteris mi bella,
libo cien copas do espumantes hierven
el falerno y el másico, y anhela
más vida el corazón y más sentidos,
para gozar cuanto la mente sueña!...
¡Es duro, es duro que en tan dulce instante
el epulón que a mis espaldas vela,
guarde oculto puñal que en mis entrañas
clave traidor con sobornada diestra!
Morir quiero en la lid, no asesinado
como en el ara víctima indefensa.

CÉSAR

¿Qué le importa morir en un banquete
al que tanto un banquete le recrea?
Entre todas las muertes, caro Antonio,
prefiero yo la inesperada.

Escena II

CÉSAR, MARCO ANTONIO, LÉPIDO.

(Lépido llega apresurado, con varios pergaminos en la mano.)

LÉPIDO

¡Oh César!

Conspiran contra ti. Torpes libelos,
en que tu honor y dignidad excelsa
por el lodo se arrastra, en Roma corren.

Hacer odioso tu poder se intenta.

Mira: de Aulo Cecina es este, y éste
de Pitolao, el cínico poeta.

(Entrega a César los libelos. -César se sienta a leerlos.)

Pues ese fruto tu bondad recoge,
que la venganza a la bondad suceda.

Aquí del falso amigo que te vende
verás el nombre; la denuncia es esta.

Para tramar conjuración traidora
nocturnos conciliábulos celebran;
tu salvación, la nuestra, la de Roma
su sangre piden.

ANTONIO *(Mirando la denuncia.)*

¿Ves que mis sospechas
confirmadas están? -Lépido, vamos,
y que divida al punto su cabeza
la segur del lictor. He aquí su nombre:
¡Perezca Bruto!

CÉSAR

¡Bruto!... ¡Ten la lengua!

(Se levanta y toma la denuncia.)

¿Quién este escrito te entregó?

LÉPIDO

Un esclavo
de Casio: Ennio se llama.

CÉSAR

Y ¿tiene pruebas
de su vil delación?

LÉPIDO

Aquí al instante
le haré traer.

CÉSAR

Detente.

LÉPIDO

En tu presencia
revelará tal vez...

CÉSAR

Lépido, basta:
nada quiero saber.

(Rompe la denuncia.)

ANTONIO

¡Bondad funesta!

CÉSAR, *dictando*.

«En Roma se conspira: hombres ingratos
pagan así de César la clemencia.
El dictador lo sabe; sabe el sitio,
y los nombres también.»

ANTONIO

Y los condena...

CÉSAR

Nada más. -Este edicto se publique.

(Da el pergamino a Lépido.)

LÉPIDO

Y de Cecina y Pitolao ¿qué ordenas?
En el pórtico están entre lictores.

CÉSAR

Al punto ve, y en libertad los deja.

LÉPIDO

¿Sin castigar su audacia?

CÉSAR

Que no escriba
dí a Pitolao; que no nació poeta.
Con todo, de estos versos miserables
cuantos logres hallar recoge y quema.
Pueden hacer fortuna: son muy malos.
(Los rompe.)

Obedece. -Vosotros salid fuera.
(*Los amanuenses se retiran.*)

Escena III

CÉSAR, MARCO ANTONIO.

CÉSAR

Dime: en el torbellino de esta vida,
que entre lides de Marte, entre tormentas
del foro, entre placeres del banquete,
rápida a hundirse en el sepulcro vuela,
¿no has dicho alguna vez: ¡Oh!, si a la muerte
una parte de mí robar pudiera,
parte que anime el alma que me anima,
parte en que corra sangre de mis venas,
en que viva yo propio, en que, a despecho
de la implacable muerte, mi existencia,
con mi nombre y mi gloria y mis virtudes,
dilate en las edades venideras:
un hijo, en fin?

ANTONIO

¿Un hijo? Nunca el cielo
quiso que tales goces conociera.

CÉSAR

¡Por eso eres cruel! ¡Por eso vives
tan sólo para ti! Tu amor no encuentra
un corazón donde espaciar su fuego,
y doquier rechazado, en ti se encierra.
Odio o desdén te inspiran los mortales:
en amor de ti mismo te deleitas,
y de soñado riesgo a un leve indicio
cien gargantas segar nada te cuesta.
¡Alma infeliz, en soledad sumida!

ANTONIO

Pues tú, que ni a Calpurnia ni a Pompeya
debiste nunca que a tu estéril lecho
invocada Lucina descendiera,
afianza tu poder; goza la vida
que te otorguen los númenes, y deja
que después de tu muerte cuiden ellos

de lo que a la República convenga.

CÉSAR

¿Qué es la vida que el cielo nos concede?
¡Relámpago fugaz! ¿Acaso piensas
que en los mezquinos lindes de mi vida
mis pensamientos, mi ambición se encierran?
¡Grande ambición, a fe! No, Antonio; mío
es ya de Roma el porvenir: la herencia
del vasto imperio que fundó mi espada,
del mar de Luso a la remota Persia,
reclama un sucesor.

ANTONIO

¿Y quién es ese?

CÉSAR

¿Quién, me preguntas? Quien mi sangre tenga.

ANTONIO

¿Tu sangre? De tu sangre hay sólo Octavio.
¿Es ese el sucesor? Otros pudieras
hallar de más valor, de más servicios,
que de Roma y de ti más dignos fueran;
no un rapaz enfermizo, que criado
de su madre a la sombra, en las escuelas
se escondió de Apolonia, huyendo el ruido
de las batallas.

CÉSAR

Sin razón desprecias
a mi sobrino Octavio. Si carece
de marciales arrojos, de otras prendas
descubro en él los gérmenes ocultos;
prendas que acaso a la virtud guerrera
venzan, Antonio, en la futura Roma,
que ya en el mundo subyugado reina:
perseverancia, astucia, disimulo,
y así al mal como al bien alma dispuesta.
No conoces a Octavio. Y yo en sus manos
no dudara legar mi vasta empresa,
si otro de más virtud, más caro a Roma
y más caro a mi amor, no antepusiera.

ANTONIO

¡Otro! ¿Quién es, en fin?

CÉSAR

¿Quién es?... Escucha.

Cuatro lustros de edad contaba apenas,
y contra Sila conspiraba entonces.

Él lo sabe y proscribía mi cabeza,
diciendo, al sentenciarme, que veía
muchos Marios en mí. La infausta nueva

me dan a tiempo que en la Vía Sacra
vagando discurría: con presteza
huyo al punto de allí, cien calles cruzo,

cuando al pasar delante de la puerta
de humilde casa, una mujer distingo,
que de la toga asiéndome con fuerza:

«Entra, me dice, ocúltate.» De un salto
salvo el umbral: con ímpetu se cierra
la puerta a mis espaldas; y guiado
por aquella mujer, a una secreta
estancia llevo donde entrar me manda,
y «libre estás, me dice; pero piensa
que al salvarte la vida yo aventuro
la vida y el honor: calla y espera.»

Dijo y desapareció. -Te juro, Antonio,
que aún hoy, tras tantos años, tantas guerras,
siento un vivo placer al recordarlo.

Solo quedé y extático: la idea
de mi riesgo olvidé: sólo la imagen
noble, expresiva, candorosa, bella,
de mi libertadora me ocupaba,
y en mi pecho sentí que con violencia,
de gratitud sobre la pura llama,
lanzaba amor su abrasadora tea.

¿Que olvidé mi peligro, te decía?

Miento; que lo bendije. -En fin, secretas
entrevistas, instancias, juramentos
de constancia recíproca, y la fuerza
del Destino, rindieron en mis brazos,
tras larga lucha, su virtud severa.

De un duro hermano al vigilante celo
temblaba la infeliz ver descubierta
mi retirada estancia, que tan sólo
a una esclava leal fió su lengua;
y más temblaba que el morir, la mancha
que arrojaba en un nombre que venera
Roma y ensalza a par de las deidades,
cual de rara virtud perfecto emblema.

Partir era forzoso, y una noche
partí, dejé la Italia, marché a Grecia;
y mientras lejos de mi patria andaba,
la mujer cuya imagen llevé impresa,
fruto de nuestro amor, dio a luz un hijo.

ANTONIO

¡Un hijo!... ¿Y vive?

CÉSAR

Vive. -La suprema
autoridad entonces Sila abdica,
y a Roma presuroso doy la vuelta.
Nunca logré estrechar contra mi seno
al hijo de mi amor, cuya existencia
a costa de continuos sobresaltos
pudo al mundo ocultar su madre tierna.
Débil, sumisa, a un hombre que no amaba
su duro hermano la ligó en mi ausencia.
En las guerras de Lépido y Pompeyo
su esposo pereció; y entonces ella
mostró a la faz de Roma el tierno niño,
como si fruto de su enlace fuera.
¡Vive!... y del muerto esposo de su madre
hijo se juzga, y hasta el nombre lleva.

ANTONIO

¿Y nunca tú le revelaste?...

CÉSAR

Nunca.
Vive su madre, en la feroz escuela
de su hermano educada, que blasona
de su estoica virtud, y las flaquezas
de nuestra frágil condición humana
severa juzga y sin piedad condena.
Árbitra del secreto, morir quiere
con él; y en tanto, el que saber debiera
de qué sangre ha nacido, fiel a un nombre
que no es el suyo, seducir se deja
por mis contrarios, y quizá ¡infelice!
contra su mismo padre se rebela.

ANTONIO

No digas más: ¡es Bruto! ¡Le conozco!
¡Por Hércules, mi abuelo! ¿Conque es esa

la gran Servilia, a cuyo solo nombre
nuestras matronas frágiles se aterran?...

CÉSAR

¡Y qué!... ¿Con ellas confundir pretendes
la que amó una vez sola... y amó a César?
Este secreto, Marco Antonio, fíe
a tu amistad: la fama se interesa
de una mujer en él: nunca lo olvides.
¿Faberio?...

Escena IV

CÉSAR, MARCO ANTONIO, FABERIO.

CÉSAR

¿Hay alguien que demande audiencia?

FABERIO

Cual de costumbre, aguardan tu permiso
Publio Siro y Laberio.

CÉSAR

Entren.

FABERIO

La reina
de Egipto espera que también...

ANTONIO

¡Cleopatra!

CÉSAR

¡Qué importuna!

ANTONIO

¡Importuna... y es tan bella!
No así en Alejandría la juzgaste.

CÉSAR, *a Faberio.*

Dile que al cónsul Marco Antonio vea.
(*A Antonio.*)

Tú la consolarás. Que deje a Roma.
El Egipto reclama su presencia.

Dile que del caudillo aventurero
el dictador del mundo no se acuerda.

ANTONIO
¡Duro mensaje!

CÉSAR
El mensajero es hábil.

FABERIO
El Senado también verte desea.

CÉSAR
¡El Senado! ¿Qué trae?

ANTONIO
Muy de mañana
deliberando estaba.

CÉSAR
Alguna arenga
que preparada Cicerón traería
de su quinta de Túsculo. -La escuela
del Senado es muy útil a la gloria
y al esplendor de las romanas letras.
Entren todos.
(*Faberio los introduce.*)

Escena V

CÉSAR, MARCO ANTONIO, FABERIO, PUBLIO SIRO, LABERIO, CICERÓN,
BRUTO, CASIO, CIMBRO, CASCA, DECIO, TREBONIO, CINA, SENADORES.

CÉSAR
¡Salud, padres conscriptos!
(*A Laberio y Publio Siro.*)
Llegad vosotros, gloria de la escena.
Espejo de las públicas costumbres
son tus farsas, Laberio: no sospecha
Roma que, cuando ríe al escucharte,
de sí propia se burla.

LABERIO
Nadie piensa

que está allí su retrato, y al vecino
con maligno placer las culpas echa.
Del pueblo es todo el mérito: yo escribo
y nada más: él hace la comedia.

CÉSAR

Fácil lo juzgas, porque hacerlo sabes.
¡Oh Publio Siro! -Si la vida nuestra
es dolor y placer, entre vosotros
dividís el imperio de la tierra.

(A Laberio.)

Tú mandas en la risa.

(A Publio Siro.)

Tú en el llanto.

¡Cuánto ayer te admiré! Vi al rey de Tebas,
vi a Edipo, humano, generoso, altivo,
salvador de su pueblo.

PUBLIO SIRO

Y ¿quién no acierta
a pintar hoy en el teatro un héroe
justo, clemente, grande? En Roma, ¡oh César!,
hay un modelo que imitar.

CÉSAR

Vi al héroe;

mas no vi tanto al padre. Cuando estrecha
contra su corazón el triste Edipo
sus tiernos hijos por la vez postrera,
no expresaba tu acento la amargura,
el inmenso dolor en que se anega
una alma paternal, a quien la suerte
priva de un hijo y a vivir condena
en dura soledad... ¡Oh Publio Siro!
¡Tú no eres padre!

PUBLIO SIRO

¡El cielo no lo quiera!
¡Esclavos son los hijos del esclavo!

CÉSAR

¡Esclavo tú!

(A Bruto.)

Pretor de Roma, llega:
ejerce el más precioso de tus cargos:
manumite al esclavo.

(Bruto se acerca y toca con la vara en la cabeza a Publio Siro.)

BRUTO

Libre quedas.

CÉSAR

Nobles desde hoy las artes liberales
el Senado declara.

PUBLIO SIRO Y LABERIO

¡Gloria a César!

CÉSAR *(Dando a los senadores los pergaminos.)*

Esas leyes tomad: que en nombre vuestro
se publiquen al punto.

CICERÓN

¿Y ya aquí puestas
nuestras firmas están?

CÉSAR

Tú, retirado
en tu quinta de Túsculo, te alejas
de los negocios...

CICERÓN

¡Cierto! ¿Y tú te encargas
de hacer las leyes?...

CÉSAR

Y la gloria es vuestra.

CICERÓN

¡Cierto! Por eso al campo me retiro
a disfrutarla en calma. Y ¿no recelas
que altere tu salud hacer tú solo
lo que nuestra República modesta
encomendaba a tantos: al Senado,
al pueblo, al cónsul, al tribuno?...

CÉSAR

Velan
por mi salud los dioses, y yo velo
por la salud de Roma: nada temas,
ilustre Cicerón.

CICERÓN

Y si te ayuda
algún sabio varón, docto en las letras...
Marco Antonio quizá...

(Todos miran sonriendo a Antonio.)

ANTONIO

¡Viejo insolente!
Alguna vez me pagará tu lengua
ese sarcasmo.

CÉSAR

¡Basta! Antonio sirve
a Roma con la espada.

ANTONIO

Y lo que pesa
la mía, ya en Farsalia lo probasteis;
aunque no tanto como yo quisiera.

BRUTO

¿Quién lo estorbó? No fueron nuestros ruegos.

ANTONIO

Ni fue mi voluntad.

CICERÓN, *a César.*

Fue tu clemencia.

CÉSAR

Fue mi deber. La ingratitud de algunos
provocó mi venganza; y en defensa
de mi ultrajado honor, sangre romana
en las batallas derramó mi diestra;
mas después de obtenida la victoria,
¡atroz barbarie derramarla fuera!
No hay aquí vencedores ni vencidos:
todos romanos somos. ¿Qué nos resta
para mandar al mundo, senadores?
Conquistar a los Partos, y la afrenta
vengar de una derrota. Allí cautivos
los soldados de Craso, a la cadena
avezados de larga servidumbre,
en torpe lazo conyugal, ¡oh mengua!,

a extranjeras esposas se han unido.
Yo lavaré esa mancha: las enseñas
de Roma, en breve tiempo victoriosas,
alzaré en las murallas de Selcucia.
Mis tareas por hoy, en bien de Roma,
terminadas están: decid las vuestras.

(Se sienta.)

CICERÓN

También en gloria de la patria han sido,
pues en tu gloria son. Escucha, ¡oh César!
(Leyendo.)

«El senado sagrada tu persona
desde hoy declara: colocar ordena
a par de la de Júpiter tu estatua,
alzada sobre el globo de la tierra.
Templo y aras tendrás, y andas y palio,
y silla de oro y lupercales fiestas.
El quinto mes, en gloria de tu nombre,
Julio se llamará; y en fin, decreta
que siempre lleves a tu sien ceñido
el dorado laurel que te presenta.»

(Se lo ofrecen.)

CÉSAR, *levantándose.*

¿Y para esto se juntó el Senado?
¿Y así malgasta en fútiles tareas
días preciosos que a aliviar los males
del triste pueblo consagrar debiera?
Sabias leyes traed; no vanas honras,
que excesivas son ya. De todas ellas
este laurel es lo que más me agrada.
Lo acepto, porque oculte en mi cabeza
este ultraje que debo, no a los años,
sino a la ruda militar faena
y al continuo ludir del férreo casco,
ocho lustros ceñido.

(Se pone el laurel.)

CASCA

¡A ti encomiendan
los altos dioses la salud de Roma;
y a nosotros honrarte!

DECIO

¡Y no hay ofrenda
que a honrar alcance al semidiós del Tíber!

CIMBRO

Admítelas: la patria te lo ruega.

CASIO

Y en nombre suyo los romanos todos.

LOS SENADORES

¡Todos, sí!

BRUTO

¡Todos, no! -¡Sombra severa
del gran Catón, consuélate! Respiran
dos romanos aún: yo, que a esas muestras
de adulación me opuse en el Senado.

CÉSAR

¿Quién es el otro?

BRUTO

Tú, que las desprecias.

CÉSAR

¡Alma romana, ven! -Dejadme todos.

(Todos se retiran.)

Escena VI

CÉSAR, BRUTO.

CÉSAR

Tú me comprendes, Bruto: no desea
adulación servil el alma mía.
¿Por qué el único labio en que resuena
la voz de la verdad, con tal desvío,
con tal ingratitud de mí se aleja?
Por la gloria de Roma he combatido:
a su dicha desde hoy mi vida entera
pretendo consagrar. Habla: tú eres

el ídolo del pueblo: sus querellas
cuéntame tú; satisfacerlas quiero
por tu mano. ¿Qué pide? ¿Qué desea?

BRUTO

De ti, sólo una cosa.

CÉSAR

¿Cuál?

BRUTO

Que abduques
el supremo poder. -Pues tanto anhelas
que llegue la verdad a tus oídos,
a decírtela vengo; y no pudiera
Bruto corresponder más noblemente
de tu cariño a las continuas muestras.
César: cuando en los siglos venideros
la historia de tu vida el mundo lea,
tus triunfos increíbles, tus conquistas,
tus hazañas sin cuento, tus proezas
en el Nilo, en el Rhin y el Océano,
tu gloria, tu fortuna, tu clemencia,
llenarase de asombro. Si ese asombro
quieres que en alabanza se convierta,
corona ya tus hechos inmortales
con un hecho que a todos obscurezca:
volviendo a Roma sus antiguas leyes
y su antigua República. -Contempla
que las victorias atribuirse pueden
tal vez a la fortuna; mas la empresa
de dar a un pueblo libertad es sólo
obra de la virtud. Acción tan bella,
mejor que triunfos bélicos, tu fama
sobre cimientos sólidos eleva.

CÉSAR

¿Qué libertad me pides, triste Bruto?
¿Qué libertad para tu patria sueñas?
¿La que gozaba Roma cuando, iguales
todos y todos pobres, las faenas
del campo eran su oficio? ¿Cuando el cónsul,
cumplido el año, la segur depuesta,
bajaba en paz del alto Capitolio,
tornando ufano a manejar la esteva?
No es esta aquella Roma: las conquistas

vertieron en su seno las riquezas
del subyugado mundo, y con el oro
la ponzoña que corre por sus venas.
El rico fue tirano; esclavo el pobre:
¡la libertad murió! Turbas hambrientas,
tendidas en los pórticos, aguardan
los desperdicios de opulenta mesa;
y el libre voto, que a los altos puestos
de la suprema dignidad eleva,
a precio vil en los comicios venden.
Roma degenerada se prosterna
a las plantas de Mario, o bajo el hacha
de Sila tiende la servil cabeza.
¿Y en tales manos su salud, su gloria
pudiera yo fiar? Bruto, desecha
tu mentida ilusión; los ojos abre:
mira a Roma cual es, y no cual era;
y ambos, desde hoy unidos, procuremos,
pues libre no ha de ser, que feliz sea.

BRUTO

No puede ser feliz un pueblo esclavo.

CÉSAR

No es esclavo por mí; para él cadenas
mis bondades no son.

BRUTO

¡Ah, tus bondades!
¡Esas son a la patria más funestas
que los suplicios del sangriento Sila!
Si desoyes mis ruegos; si te empeñas
en ser tirano, imítale: derrama
nuestra sangre a torrentes; quizá al verla,
de su letargo despertando Roma,
se alce al fin contra ti. Mas ¡oh! con esa
bondad inicua acariciando al pueblo,
¡pérfido!, a amar su esclavitud le enseñas.

CÉSAR

No le hice esclavo yo.

BRUTO

¿Pues quién?

CÉSAR

Sus vicios.

BRUTO

Esos vicios, que hipócrita lamentas,
con el ejemplo combatirlos debes.
Dalo el primero tú; la noble empresa
digna de César es. Abdica, abdica
el supremo poder; y ante la fuerza
de esa heroica virtud, verás que Roma
asombrada se postra y te venera,
no como a dictador, mas como a numen.

CÉSAR

¡Es tarde ya!

BRUTO

¡No es tarde! Te lo ruega
Bruto, y cae a tus plantas. ¡Por la patria,
por tu gloria inmortal, abdica, oh César!

CÉSAR

¿Qué pides, infeliz? Si yo abdicase,
¡ay de la patria!

BRUTO

¡Basta! -No hay en ella
más que un romano ya, que avergonzado,
de ti y de Roma con horror se aleja.

(Se va.)

Escena VII

CÉSAR

¡Sublime indignación! ¡No sufre dueño!
Veo mi sangre en él: ¡hijo es de César!

ACTO SEGUNDO

En casa de Bruto. -Una lámpara encendida.

Escena I

SERVILIA, LICIA.

(Ambas están sentadas.)

SERVILIA

¡Tus párpados se cierran, pobre Licia!
¿Por qué te obstinas en velar? Descansa:
retírate a tu lecho.

LICIA

¿Será justo
que tu esclava repose, y solitaria
esperes tú?

SERVILIA

Yo espero al hijo mío.
¡Con bien los dioses al hogar le traigan!

LICIA

Contigo esperaré. ¿Te aflige acaso
triste presentimiento? ¿Por qué causa
en perpetuos temores te consumes?
Bruto es de Roma el ídolo: le ama
el dictador.

SERVILIA

¡Y él huye de su vista!

LICIA

¿Huye de César Bruto? ¡Oh cielo! ¿Y nada
le dice el corazón?

SERVILIA

¡Licia!

LICIA

No temas:
nadie nos oye aquí.

SERVILIA

¡Yo te oigo; y basta!

LICIA

¿Y qué podrás oír del labio mío
que en justa admiración, en alabanza

de tu virtud no sea? ¿Quién en Roma
no respeta tu nombre? ¿Quién tu casa
no mira como un templo, donde el genio
del severo Catón vive en su hermana?

SERVILIA

Él desde las mansiones de los justos
ha visto el crimen ya, que mi falacia
supo ocultarle aquí. Su voz escucho
que me grita: «¡Impostora! ¿Por qué engañas
al mundo así con tu virtud mentida?
¡Tiembla que un día de tu rostro caiga
esa máscara vil! ¡Ay de ti entonces!
Y ¡ay de tu hijo!» -¡Bárbara amenaza
que sin cesar me aterra!

LICIA

¿Y cómo puede
cumplirse nunca?, di. ¿Depositaria
no soy yo sola del secreto?

SERVILIA

¡Sola!

LICIA

Pues qué, ¿recelas del que pruebas tantas
te da de su respeto? Desde el punto
que, mal tu grado, en las nupciales aras
fe juraste a un esposo, ¿cuándo César
osó manchar de tu virtud la fama
con indiscreto labio, ni a tus ojos
siquiera presentarse? Y el que ahogaba
en la fogosa edad de las pasiones
con tal nobleza su celosa rabia,
hoy que la gloria y la ambición tan sólo
llenen su pecho, ¿mancillar osara
tu nombre? ¡Ah!, no lo temas.

SERVILIA

¡Eso mismo
me hace temerlo! ¡Ah, Licia! ¡Cuál te engañas!
Lo que el obscuro César nunca hiciera,
César el dictador quizá lo haga;
que en su ciega ambición los poderosos
razón de estado a los delitos llaman.
¡Mi vida es un suplicio! Cuando César

a Bruto mira, me estremezco, ¡y tanta,
tan congojosa es mi inquietud, que tiemblo
si le aborrece, y tiemblo si le ama!

LICIA

¡Modera tu aflicción! No anticipado
llores al menos un peligro...

SERVILIA

¡Calla!
¡Pasos oigo en el atrio! -¡Él es!

LICIA

¿Tu hijo?

SERVILIA

A su esclavo prevén: y tú a mi estancia
vete, y aguarda allí.

(Se va Licia.)

Sólo su vista
un breve instante mis dolores calma.

¡Hijo mío!

(Dirígese a la entrada: preséntase César.)

Escena II

SERVILIA, CÉSAR.

CÉSAR

¡Dichosa tú, que puedes
tan dulce nombre pronunciar!

SERVILIA

¡Helada
mi sangre está! -¡Tú aquí!... ¿Qué buscas?

CÉSAR

Busco,
no a la que en otro tiempo aquí buscaba,
misterioso, furtivo, devorado
de juvenil amor: no a la que el alma
en vivas ilusiones encendía,
que la ausencia, la edad, el tiempo apagan;
no a la amante de César: ¡busco ahora

a la madre de Bruto!

SERVILIA

Penetrada

de gratitud la encuentras por los dones
que en él tu mano liberal derrama.

CÉSAR

Otros mayores ofrecerle quiero.

SERVILIA

¿A Bruto?

CÉSAR

A nuestro hijo.

SERVILIA

¡Oh cielos!... ¡Calla!

CÉSAR

¿Callar? ¡Si vengo a que lo sepa Roma!

SERVILIA

¿Contra mi voluntad?

CÉSAR

Por respetarla,

¿sabes tú la violencia, el sacrificio
que me impongo años ha? Por ti en Farsalia
sufrí que Bruto en el opuesto bando
lidiase contra mí. Desbaratada
la hueste de Pompeyo, a las legiones
que sobre ella con furia se lanzaban:
«¡Perdón, grité, no los matéis, traedlos
vivos a mi presencia!» Y mis miradas
en cada cuerpo exánime creían
su cadáver hallar. -Vuelto a la patria,
por ti sufriendo estoy que a mis favores,
a mi tierna afición, a mis instancias,
a mi solicitud oponga siempre
cruel desvío, indiferencia helada.

Mil veces, al hablarle, ya el secreto
sentí asomar al labio; y otras tantas,
por ti, por tu respeto, en lo más hondo
de mi pecho infeliz lo sepultaba.
Llegó tu vez, Servilia: un hijo tienes.

Yo hasta ahora a esa fama que idolatras
sacrifiqué mi amor: a ti te toca
hoy a su amor sacrificar tu fama.

SERVILIA

Llegó mi vez; lo veo. ¡Y yo he creído
en tu respeto! ¡Necia! ¿Qué esperanza
pude nunca fundar en quien de Roma
no respetó la majestad sagrada?
¡Fatal a Roma y a Servilia fuiste!
¡A tu violencia, a tu pasión tirana
sucumbimos los dos!

CÉSAR

¡Ambas me amasteis!

SERVILIA

¡Ah! ¡Y este premio a nuestro amor guardabas!
¡A Roma la opresión: a mí el oprobio!
Si de ese modo a tus amigos pagas,
¡qué harás con tus contrarios!

CÉSAR

Lo estás viendo.
Perdonarlos, volverlos a la patria
y a la silla curul: dejar que libres
conspiren contra mí, y acaso el alma
emponzoñen de Bruto. ¡Y tú lo sabes,
Servilia, y lo consientes! ¡Esa rara
virtud no se horroriza de que un hijo
al que le ha dado el ser tienda asechanzas!

SERVILIA

¡Nunca tal intentó! Bruto, heredero
de la virtud que le inspiró en su infancia
el sublime Catón, el fin lamenta
de la antigua República, y en alta
voz, a la faz de Roma, a par que justo
tu bondad, tu valor, tu genio ensalza,
con dureza inflexible, no lo niego,
tu usurpación condena. Y tú le amas
quizá por eso mismo; porque admiras,
porque envidias en él la pura llama
de patrio amor; porque en su noble pecho
asombrado contemplas cuál se hermanan
el alto genio de su heroico padre

y la virtud de su materna raza.
Mas, al odiar tu usurpación, aún siente
por ese pueblo que a tus pies se arrastra,
mayor desprecio, y de su vil contacto
en los lares domésticos se aparta.
Aquí corre su vida; y yo dichosa
gozo el amor, que entero me consagra.
¡Ah! Si en tu corazón... si en tu memoria
vive el recuerdo de la edad pasada;
si la mujer que te salvó la vida,
y se perdió salvándote, una gracia
tiene derecho a demandarte; ¡César!...
¡No la arrebatas su serena calma!
¡No me arrebatas el amor de Bruto!
Sabedor de mi culpa, no alcanzara,
ante el rigor de su tremendo fallo,
ni aun su madre perdón. A ti te bastan
para llenar tu corazón la gloria,
los triunfos, el poder, Roma, la Italia,
el mundo entero, que de ti, en retorno
de tanta sumisión, su dicha aguarda.
Yo la aguardo también. Por ti de Bruto
seré madre feliz. Si a ti te halaga
tan dulce nombre, conquistarlo puedes:
haz que te llamen padre de la patria.

CÉSAR

¿Y tú te llamas madre? ¿Y tú imaginas
que eso es amar a Bruto? No: te engañas.
Tú no amas a tu hijo.

SERVILIA

¿No le amo?

CÉSAR

Te amas a ti. Por conservar intacta
esa opinión en que tu orgullo goza:
porque tu vida obscura y solitaria
sus encantos no pierda, a Bruto quieres
en ella consumir, cortar las alas
a su impetuoso genio, de su padre
ahogar las halagüeñas esperanzas,
y lo que es más, el porvenir de Roma.

SERVILIA

¿De Roma?

CÉSAR

Sí, de Roma. Óyeme: falta
una empresa a mi plan: vencer al Persa;
y a acometerla voy. En las batallas,
por vez primera la fortuna instable
me puede abandonar; y antes que parta
quiero a la faz del pueblo y del Senado
nombrar mi sucesor.

SERVILIA

¡Oh cielos!

CÉSAR

¡Ardua
resolución, si el misterioso Numen
que a César juzga y su designio ampara
no le otorgase por fortuna un hijo
digno de tanto honor!

SERVILIA

¿Y qué? ¿No basta
a abonar tu elección su nombre solo,
su inmaculado nombre? ¿Quién osara
con Bruto competir? Pueblo y Senado,
los patricios, la plebe, cuantos aman
el bien de Roma, todos a porfía
lo aceptarán con júbilo. ¿Qué falta
hace a tu noble fin que mi vergüenza
corra de boca en boca? ¿Qué inhumana
razón te impele a decretar la gloria
del hijo mío, a precio de mi infamia?
¿Por qué tanta ventura... y tanto oprobio?
Elige a Bruto; y mi secreto calla.

CÉSAR

Eso no. Pues te obstinas, yo te juro
que callaré; mas pierde la esperanza
de que a Bruto designe, si hijo mío
no le puedo llamar. La soberana
dignidad, que a una voz Senado y pueblo
a conferirme van, hereditaria
será desde hoy; mas sólo en el que tenga
sangre de César. -¿Tú gloria tan alta
robarle quieres?

SERVILIA

¡Mas del hijo mío
el origen manchar!...

CÉSAR

¿Cuál es la mancha?
No de torpe adulterio es hijo Bruto:
libres eran sus padres; y hoy en casta
unión esposos fueran, si el mandato
de tu hermano feroz no lo estorbara
y tu debilidad. -¡Servilia!, ¿quieres
más? Más haré. -Ante Roma todo calla.
Repudiaré a Calpurnia: soy tu esposo.

SERVILIA

¿Otra víctima? No.

CÉSAR

¿No eres hermana
tú de Catón, del héroe que con noble
y ciego error sacrificó en las aras
de la patria su vida? Menos grande
sacrificio te pide, ¿y lo rechazas?
Bien: tu secreto morirá conmigo;
y otro será...

SERVILIA

¿Qué dices? ¿Otro?...

CÉSAR

¡Acaba!
Despierta esa virtud. Toma: este escrito
es la revelación: tu firma falta.
(*Le da un pergamino.*)
Va a juntarse el Senado: ¡piensa en Bruto!
¡Piensa en Roma! Pronuncia una palabra;
y la dicha de Bruto harás cual madre,
y la dicha de Roma cual romana.
(*Se va.*)

Escena III

SERVILIA.

Catón... mi hermano... su preciosa vida

supo inmolar en aras de la patria.
La patria era su amor: mi amor es Bruto.
Aquí está mi sentencia. ¡Desgraciada!
¡Ni a la virtud ni al crimen pertenezco!
Un Dios, adverso a Roma y a mi raza,
por instrumento designarme quiso
de la ruina y del baldón de entrambas...
Ese implacable Dios fue quien mis pasos
encaminó al umbral de esta morada
en aquel día de fatal memoria.
Él quien ardió improvisa en mis entrañas
la compasión que libertó al proscripto.
Él quien después, en aparente calma,
me dio a gozar en la filial ternura
el sublime placer que hoy me arrebató.
¡Numen inexorable! ¿No ha bastado
a desarmar tu vengativa saña
la pura sangre en Útica vertida,
y mi existencia entera consagrada
a llorar mi delito? ¿Qué me pides?
¿Que ose yo misma revelar mi infamia
a Roma... a Bruto? ¡Ah! ¡Nunca! ¡Eso no puedo!
¡A tanto esfuerzo mi virtud no alcanza!
¡Él es!

(Viendo llegar a Bruto.)

Escena IV

SERVILIA, BRUTO.

BRUTO
¡Madre, salud!

SERVILIA
¡Cuánto has tardado!

BRUTO
En el Pretorio fatigosa y larga
la audiencia ha sido.

SERVILIA
Inquieta me tenías:
ven y en mis brazos de tu afán descansa.

(Abrazándole.)

¡Noble afán! Por tu boca la impasible
Temis dicta sus fallos.

BRUTO

¡Su balanza
nunca torcí!

SERVILIA

¡Ni tuvo nunca Roma
pretor más justo! Entre mercedes tantas
como César te otorga, ésta sin duda
fue la más digna.

BRUTO

¡Todas las trocara
por la que hoy le pedí!

SERVILIA

¿Tú le has pedido
una merced?

BRUTO

¡Echándome a sus plantas!

SERVILIA

¿Tú?

BRUTO

¡Yo!

SERVILIA

¿Y la niega?

BRUTO

¡Y para más vergüenza,
acaso con razón! -No se levanta
un tirano jamás donde no hay siervos,
ni jamás de rodillas se demanda
la libertad. Me la negó: ¡bien hizo!

SERVILIA

¿Y esa fue la merced?

BRUTO

¡Sueños que pasan

por mi mente febril!

SERVILIA

No desesperes.

Roma esta vez no gime bajo el hacha
del rudo Mario o del demente Sila.

No es César opresor; de la usurpada
autoridad no abusa: sus afanes
al bien de la República consagra.

Tú lo sientes así; yo de tu labio
mil veces escuché sus leyes sabias
y su genio admirar. No desesperes.

Y pues por senda de clemencia marcha,
sabio y justo, dejémosle, hijo mío,
al término llegar. -Dicen que al Asia
corre a nuevas conquistas. -¡Si por dicha
meditase, al partir, dejar a Italia
en muestra de su amor... cuanto pudiera
su esperanza colmar!...

BRUTO

¡Vana esperanza!

No lo hará, no lo hará. ¡Si en torno suyo,
aunque su noble instinto le dictara
tan generosa acción, no ven sus ojos
sino lisonja, servidumbre, infamia!

SERVILIA

¿En todos, hijo?

BRUTO

En todos. ¡Y aun hay lengua
entre esa muchedumbre degradada
que se atreva cobarde al nombre mío!
¡Hay quien su ilustre descendencia clara
ose a Bruto negar!

SERVILIA

¿A ti? ¿Quién, hijo?

BRUTO

En este escrito...

SERVILIA

¡Oh cielos!

BRUTO

Que ora acaban
de arrojarme a la silla del Pretorio.

SERVILIA

¡Ese escrito! ¿Y qué dice?...

BRUTO

Estas palabras:
«¿Duermes, Bruto? ¡En verdad, tú no eres Bruto!»

SERVILIA

¿Qué más?

BRUTO

No más.

SERVILIA

¡Ah!

BRUTO

Todo cuanto alcanza
el antiguo valor de los romanos,
helo aquí. Digo mal: de tanta hazaña
pocos fueran capaces. Este solo,
que tal escrito en las tinieblas traza
con temblorosa mano, este es un héroe.
¡Me asombra su valor! ¡Éste aventaja
a todos en virtud! El desdichado
siente siquiera la coyunda, y clama
porque amparo le den. Pronto me tiene.
Mas ¿dónde están los que lo piden? ¡Salga
el pueblo de Quirino: verá entonces
si duerme Bruto, y si en sus venas guarda
sangre de aquel varón que, por la hermosa
libertad, de sus hijos las gargantas
impávido segó!

SERVILIA

¡Qué horror! ¡Detente!
¿Fueras capaz?...

BRUTO

¿Y de Catón la hermana
me lo pregunta? Madre, ¿no aprendiste
que hijos, padres, hermanos, a la patria

todo se sacrifica? ¿No darías
tú por su bien tu vida, tu honra y fama,
y hasta tu hijo? -¡Si capaz no fueras
de tal virtud, por madre te negara!

SERVILIA

Lo seré, lo seré: ni tú por madre
me negarás, ni Roma por romana.
Digna me juzgo, y a la vez indigna,
de ti y de Roma. Mi flaqueza es causa
de vergüenza, lo sé; mas hoy los Dioses
quieren por dicha hacer que de ella nazca
la grandeza de Roma y tu grandeza.
Si me has pagado con ternura tanta
un estéril amor, cuando se eleve
hasta la heroica abnegación, ¿tu gracia
me negarás?

BRUTO

¿Qué dices?

SERVILIA

Que la sangre
que circula en tus venas, hoy te llama
a inesperado honor...

BRUTO

Habla: de Bruto
la sangre siento en mí: ¡no la trocara
por la del Dios que en el Olimpo reina!

SERVILIA

¡Hijo! ¡Esa sangre!...

BRUTO

¡Di!...

SERVILIA, *aparte*.

¡No puedo! -¡Oh patria!
¡Perdón, perdón!... y déjame ser madre
un día más... -¡Se lo diré mañana!

(Se va apresurada.)

Escena V

BRUTO.

¡Huye de mí sin explicarse! -¡Cielos!
¿Qué me ha dado a entender con sus palabras?
¿También mi madre a recordarme viene
lo que debo a mi sangre? ¡Hasta una flaca
mujer me acusa! ¿Cómo es esto, Bruto?
¿Será cierto que duermes? ¿Ofuscada
está tu mente?, ¿sordos tus oídos?,
¿ciegos tus ojos? -¡No!

Escena VI

BRUTO, CASIO.

CASIO, *aparte*.

¡Solo se halla!

BRUTO

¿Quién llega?

CASIO

¡Salud, Bruto!

BRUTO

¡Salud, Casio!

CASIO

Ese acento me dice cuánto extrañas
mi presencia en tus lares.

BRUTO

Me sorprende
con razón: años ha que la palabra
no cruzamos tú y yo.

CASIO

Me hirió que César
te antepusiese en la Pretura urbana.

BRUTO

Negar debiste la palabra entonces
a César y no a mí.

CASIO

César obraba
según su ley; como opresor. -Tú, Bruto,
que desde el punto mismo en que postrada
Roma cayó a sus pies, objeto has sido
de su predilección, de su privanza:
tú, que de tus antiguos compañeros
desde aquel día con desdén te apartas,
y en tu largo aislamiento desconoces
a Roma ya, ¿qué mucho si te tratan
los cobardes, los tibios con reserva,
y los altivos con rudeza franca?

BRUTO

Esa amistad que el dictador me otorga,
nunca la mendigué; nunca su casa
hollé una vez, sin que en mi boca oyese
la voz de la verdad. Quizá le agrada
por peregrino y nuevo mi lenguaje,
y la servil adulación le cansa.
Hoy lo has visto. El Senado, ¡oh vilipendio!,
el Senado de Roma, un Cimbro, un Casca,
un Decio, un Cicerón. -Casio, ¿qué mucho
si de ellos Bruto con desdén se aparta?

CASIO

Ese frío desdén, que a tu silencio
de sumisión las apariencias daba,
es la sola ocasión de esa flaqueza
que condenando estás. Tú eres la causa
del desaliento universal. Mirando
a Bruto sucumbir, ¿quién no desmaya?

BRUTO

Y porque Bruto sucumbiera, ¿todos
le debierais seguir? ¿Bruto es la patria?
¿De mi ejemplo os guiáis? Y por ventura,
¿os mandé yo que al dictador llevarais
los divinos honores, que con noble
altivez rechazó? ¡Cuál se elevaba
sobre vuestra bajeza su desprecio!
¡Ah! ¡Si algún día vemos restaurada
la libertad en Roma, de él lo espero,
de un generoso arranque de su alma:
no de vosotros, no!

CASIO

Ni de nosotros
ni de él lo espera Roma: su esperanza
en ti la tiene.

BRUTO

¿En mí?

CASIO

Yo en nombre de esos
que con dureza tal tu labio infama,
a hablarte vengo. -Bruto, nuestra duda
se disipó; te conocemos: falta
que nos conozcas tú. -Como se esconde
en el inerte pedernal la llama,
fuego de libertad en Roma hierve:
¡toque el acero, y la centella salta!

BRUTO

Casio, ¿lo crees así?
(*Echan de fuera un pergamino.*)
¿Qué es esto?

(*Leyendo.*)

«¿Duermes,
Bruto? ¡Duermes; y Roma gime esclava!»
¡Otra vez!

CASIO

¿
Qué te admira? Ese es el grito
que suena en la ciudad; eso en voz baja
por millares de labios se murmura;
todos a ti se vuelven: sus miradas
todos fijan en ti; ¡tú no respondes!
Y el dolor, el despecho nos arrastra
a un sacrificio heroico. -Cual Virginio,
para excitar la popular venganza,
mató un día a su hija; así nosotros,
alzando al opresor templos y estatuas,
matamos nuestra honra: ¡a ver al menos
si de vergüenza Roma se levanta!

BRUTO

La vergüenza no engendra el heroísmo.

CASIO

Te ha despertado a ti, y eso nos basta.

BRUTO

Yo no dormía; la dormida es Roma;
más que dormida: ¡muerta!

CASIO

¿Y si te engañas?

BRUTO

¡Plegue al cielo!

CASIO

Los juegos lupercales
mañana son: ¿irás?

BRUTO

Iré.

CASIO

¡Mañana
renace la República! -¡En el foro
Roma viva y despierta a Bruto aguarda!

ACTO TERCERO

El Foro de Roma. -Las estatuas. -La tribuna con la silla de oro. -En el fondo se divisa el Capitolio: a su derecha la roca Tarpeya, y a su izquierda el templo de Júpiter Capitolino. -Casas, templos y avenidas a un lado y otro de la escena. A la derecha del actor, en primer término, la casa de Marco Antonio, magnífico palacio con pórtico y escalinata de mármol.

Escena I

Grupos de CIUDADANOS en la plaza; muchos de ellos recostados en la escalinata de la casa del cónsul. -Sale de ésta el esclavo ENNIO, y baja las gradas con dificultad, por estorbárselo los que están allí echados.

UN CIUDADANO

No me pises la toga.

OTRO
Esclavo, mira
dónde pones los pies.

ENNIO
No dejáis trecho.

CIUDADANO
Pues no se pasa.

ENNIO
Mi señor me espera;
es Casio el senador.

CIUDADANO
Y yo soy Elvio,
ciudadano romano.

OTRO
¿Te figuras
que aún los patricios nos imponen miedo?

ENNIO
No he dicho tal.

CIUDADANO
Pasó su tiranía.
OTRO César domó su orgullo.

ENNIO
Es cierto, es cierto.

CIUDADANO
Todos iguales somos. -Pasa, esclavo.

ENNIO
¡Perdonad, perdonad!
(*Baja las gradas.*)

Escena II

DICHOS, CASIO, *luego* LOS ESCLAVOS.

CASIO

¿Por qué a mi siervo
amenazáis?

UN CIUDADANO

Porque enseñar conviene
a algunos que lo olvidan el respeto
que al pueblo se le debe.

CASIO

Bien hicisteis:
y si otra vez lo olvidas, harás, Ennio,
que te lo acuerde el látigo.

ENNIO, *arrodillándose.*

¡Perdona,
señor!

CASIO

¡Levanta!
(*Aparte.*)
¡Qué insolente pueblo!
(*Apartándose con el esclavo.*)
Habla con disimulo. ¿Qué quería
Marco Antonio de ti?

ENNIO

Que esté en acecho
de tus pasos, y a él sólo mis denuncias
comunique, guardando este secreto
de Lépido y de todos.

CASIO

Quiere él solo
saber lo que se trama. Ya penetro
su intención. -Bien está: vete al Pretorio.
Allí Bruto estará: busca un momento,
y como hiciste ayer, con maña arroja
este escrito a su silla, y vuelve luego.
(*Le da un pergamino. -Se va Ennio.*)
¿Con qué motivo al pórtico del cónsul
corre la muchedumbre?

CIUDADANO

Hoy son los juegos
luperciales.

CASIO

Lo sé.

CIUDADANO

Con un banquete
festeja Marco Antonio a sus lupercos,
la flor de Roma, que en honor de César
ese rito consagran.

CASIO

¿Y los restos
del banquete aguardáis?

CIUDADANO

Y la esportilla
verás cuán llena de manjares llevo.

CASIO

¡Y así vives feliz!

CIUDADANO

De balde como:
pilas de jaspe en que bañarme tengo
cuando el ardor canicular, y estufas
donde burlar los fríos del invierno;
fieras y gladiadores en el circo;
en el teatro farsas de Laberio:
y luego al fin del año en los comicios
al que me da más suma el voto vendo.
¿No he de vivir feliz? Cuando el reparto,
me dio César un campo; pero presto
me cansé de labrarlo; que a esa vida
este bullir de la ciudad prefiero.
Conque vendí mi campo y volví a Roma.
En la Suburra habito.

CASIO

¿Y qué es del precio
que te dieron por él?

CIUDADANO

Me lo he comido.

CASIO

¿Y ya no tienes campo ni dinero?

CIUDADANO

¡Qué importa! ¡Tengo a César! Mientras viva,
ni al frío, ni al calor, ni al hambre temo.

(Aparecen en lo alto del pórtico los esclavos con fuentes de oro, unas que contienen restos de jabalíes, de pescados, de pavos reales, otras con diversas frutas, todo lo cual van distribuyendo a los ciudadanos, que al verlos aparecer, se han agolpado a la escalinata.)

EL ESCLAVO

¡Ciudadanos! El cónsul os saluda,
y esto os envía en prueba de su afecto.

LOS CIUDADANOS

¡Viva Antonio!

CASIO, *aparte*.

¡Aplaudid! En el banquete
que os he de dar, con vuestro aplauso cuento.

UNO

¡Venid acá!

OTROS

¡Nosotros somos antes!

OTROS

¡Los que han tomado ya, dejen el puesto!

EL ESCLAVO

Para todos habrá.

UNO

Yo fui soldado.

OTRO

Y yo estuve en Farsalia.

OTRO

Con Pompeyo.

OTRO

Yo serví con Antonio.

OTRO

En los comicios

yo mi voto le di.

OTRO

Por cien sestercios.

Yo le voté de balde: abridme paso.

(Aparecen en el vestíbulo los lictores y grita su jefe Valerio:)

VALERIO

¡El cónsul! ¡Plaza al cónsul!

UN CIUDADANO

¿Yo me quedo
sin comer?...

EL ESCLAVO

Ya no hay nada.

VALERIO

¡Plaza al cónsul!

(Abren paso y bajan por la escalinata. -Detrás de ellos viene Marco Antonio seguido de los jóvenes lupercos.)

Escena III

CASIO, MARCO ANTONIO, LOS LUPERCOS, EL PUEBLO, VALERIO,
LOS LICTORES.

EL PUEBLO

¡Viva Antonio!

ANTONIO

¡Por Hércules, mi abuelo!

¡Gran banquete! Si todos los romanos
aquí se juntan, para todos tengo.

UN CIUDADANO

No para todos.

ANTONIO

¿Cómo no?

CIUDADANO

Aquí hay uno:

para mí no alcanzó, y estoy hambriento.

ANTONIO

¿Tienes hambre? ¡Te envidio! -Haced que coma este buen ciudadano.

(El ciudadano sube al pórtico, y el esclavo se lo lleva dentro.)

¡Oh mis lupercos!

¡Oh Quinto Cicerón! Pese a tu tío,
con nosotros estás. Corred, mancebos,
honrad a César, semidiós de Roma:
preparad en su honor el rito nuevo
que hoy consagramos a su ilustre nombre.
¡Con divino furor arde Lio
en nuestras venas! ¡Evohé!

LOS LUPERCOS

¡Corramos!

ANTONIO

¡Mil veces evohé! -Marchad al templo.
(Se van los lupercos.)

Escena IV

CASIO, MARCO ANTONIO, EL PUEBLO, LOS LICTORES.

ANTONIO

Ciudadanos, las nuevas lupercales
comienzan hoy. A presenciar los juegos
vendrá César al Foro; a su llegada,
señales halle del amor del pueblo.
Su estatua coronad; lauros y rosas
tenéis en mi jardín.

EL PUEBLO

¡Sí! ¡Coronemos
a César semidiós!

(Entran algunos en casa de Antonio, y salen luego con ramas de laurel y rosas, con las que tejen una corona y guirnalda para adornar la estatua de César.)

ANTONIO

¡Oh Casio!, ¿vienes
con tu esportilla a recoger los huesos?

CASIO

Aún, por gracia de César, no he llegado
a tal extremidad.

ANTONIO

Por gracia, es cierto:
tú bien lo sabes.

CASIO

¡Yo! ¿Pues hay motivo
para que Casio la merezca menos?

ANTONIO

¡Siempre torvo el mirar, pálido el rostro!...
¿Qué rueda por tu mente?

CASIO

Un pensamiento
fijo, tenaz, constante... ¡no te asombre!,
una quimera, una ilusión, un sueño...
¡la libertad de Roma!

ANTONIO

¡Tú conspiras!

CASIO

¡Conspirar!... ¿Y con quién? -Negar no quiero
que hay en los nobles y en la plebe misma
algunos... quizá muchos, que del pecho
en lo más hondo guardan y alimentan,
cual las vestales, el sagrado fuego.
Muchos que el yugo de hoy, blando sin duda,
ansiando están por sacudir del cuello;
y que nuestra República renazca
segunda vez; y como en otro tiempo,
sea el pretor, pretor, y el cónsul, cónsul.

ANTONIO

¿Son muchos, dices, los que piensan eso?

CASIO

Los que lo piensan, muchos; los que osaran
ejecutarlo, pocos.

ANTONIO

¡Tú uno de ellos!

CASIO

Si de mi voz en Roma tanta fuera
la autoridad, te juro que, aun a riesgo
de perder la existencia, lo intentara.
¡Inútil sacrificio! ¡El noble ejemplo
nadie siguiera del obscuro Casio!
El terror, la sospecha, el desaliento
los ánimos embarga. Quién oculta
su humillación en el hogar materno,
como en Bruto lo ves: quién la disfrazo
con máscara servil: testigos Decio,
Cimbro, Casca, Trebonio, que cortejan
al dictador, odiándole en secreto.
No, Antonio, no conspiro: puede César
vivir tranquilo, de temor ajeno.
Sólo un romano existe, que pudiera
llamarse su rival: el que perplejo
y vacilante y tímido a la orilla
le halló del Rubicón, y su ardimiento
le transmitió, y el límite vedado
le animó a traspasar: el que por medio
del borrascoso mar a Macedonia
voló a salvarle de inminente riesgo:
el que en Farsalia hundió nuestra derecha,
que en persona mandaba el gran Pompeyo.
¡Ése, el único es ese que si alzara
la poderosa voz!... ¡Qué estoy diciendo!
Ése también en gárrulos banquetes,
por olvidar su indigno abatimiento,
su mente ofusca y su vergüenza ahoga
en bullentes raudales de falerno!

ANTONIO

Y ése lo acierta, Casio. ¿Qué es la vida
sin vino y sin amor? Bendice al cielo,
que nos depara en César quien alivie
a pretores y cónsules del peso
de gobernar a Roma. ¡Sois ingratos!
Le habéis nombrado dictador perpetuo:
eso no basta. Del laurel que ciñe
su vencedora frente brotar veo
las ínfulas de rey.

CASIO

¡De rey!

ANTONIO

¿Qué importa?

¿No lo es acaso ya? -¡Gracioso es esto!

¡Sufren el hecho, y les asusta el nombre!

Vamos, lictores. -Mira, mira al pueblo

coronando su estatua. -Dime, Casio;

y esos ¿fingen también?

(Riendo.)

¡Vamos al templo!

(Se va precedido de sus lictores.)

Escena V

CASIO, EL PUEBLO.

CASIO

¿Quiere ser rey? Los dioses le han cegado.

Y se acerca su fin. -Pues ¿no es más necio,
teniendo el hecho, ambicionar el nombre?

Después de su clemencia, este es el yerro
que más le ha de pesar... si por ventura
de que le pese le dejamos tiempo.

¿Y Antonio? Antonio me ha entendido; a César
será también traidor con su silencio.

Pocos le quedan ya, y esa noticia...

Si a confirmarse llega, Bruto es nuestro.

¡Qué lejano rumor!

EL PUEBLO

¡Es Bruto! ¡Es Bruto!

CASIO

Él se acerca.

EL PUEBLO

Salgamos a su encuentro.

CASIO

¡Bruto! Tu nombre sólo necesito
para acabar con César. Si vencemos,
a par del tuyo aclamarán el mío:

«¡Casio y Bruto!», dirán: -¡Casio el primero!

Escena VI

CASIO, BRUTO, EL PUEBLO.

(El pueblo se ha adelantado a recibir a Bruto y le abre paso, con señales de respeto. Bruto trae en la mano un pergamino arrollado.)

UNOS

¡Salud a Bruto!

LAS MUJERES

¡Al hijo de Servilia!

OTROS

¡Al amigo de César!

BRUTO

¡Qué estoy viendo!

¿Su estatua coronáis?

UNOS

Lo mandó el cónsul.

BRUTO

Casio, ¿lo ves? El lamentable ejemplo que los patricios dan, la plebe imita. ¡Oh! ¡La degradación! -¿Para ver esto al Foro me citaste? -Ciudadanos: el cónsul que lo manda, y los que ciegos obedecen su voz, ni a César aman, ni son romanos, ni merecen serlo. ¡Arracad de su estatua esos adornos: quitadle esa corona! ¿No estáis viendo a Junio Bruto allí, que ya indignado salta del pedestal?

UNOS

Hoy a los juegos
viene César aquí.

BRUTO

¡Venga en buen hora
y halle romanos; pero nunca siervos!

No imaginéis que la servil lisonja
complace al dictador. Que vuestro acento
le aclame «Padre de la patria»; y basta
a colmar su ambición. -Echad al suelo,
quitadle, os digo, esa corona, insignia
odiosa a Roma, a César el primero.
¿Su amigo me llamáis? Pues imitadme:
su amigo quiero ser; y así lo pruebo.

(Arranca los adornos de la estatua de César.)

UNOS
Imitemos a Bruto.

OTROS
Él es amigo
de César.

OTROS
El mayor.

OTROS
Sabrá que en esto
le complace.

OTROS
¡No hay duda!

OTROS
¡Pues a tierra
esa corona!

TODOS
A Bruto obedecemos.

(Despojan la estatua de los adornos.)

CASIO
Si al Foro te cité para que vieses
despierta a Roma, nunca fue mi intento
en esa baja multitud mostrarte
a Roma: eso no es Roma: es un revuelto
mar que furioso aquí o allí se lanza,
obedeciendo al soplo de los vientos;
y ese soplo es tu voz. Verás a Roma
en sus nobles patricios, herederos

del gran poder tradicional, que ahora
nos usurpa un tirano. Aquí muy presto
llegarán, al rumor del nuevo insulto,
todos en justa indignación ardiendo.

BRUTO

¿Qué nuevo insulto, di?

CASIO

Bruto: esa mano
que al simulacro inmóvil, ha un momento,
la corona arrancó, ¿sabrás arrancarla
de la frente de César?

BRUTO

¡No lo creo!
¡Casio, no puede ser! ¡Un rey en Roma!
¡César envilecerse hasta ese extremo!
¡Casio, no puede ser! -¡Yo le conozco!
César en todo es grande: todo el sello
de su grandeza lleva. En sus conquistas,
en sus lides del Foro, en su destierro,
en sus leyes... ¿qué más?, ¡hasta en su misma
tiranía hay grandeza! ¡Oh! ¡Yo alimento
una vaga esperanza en los impulsos
de su elevado espíritu! Su genio
no ama el poder por el poder; no, Casio:
en él la usurpación no es fin, es medio.
Y acabada su obra, sometidas
las naciones, en paz el universo,
Roma imperando... -¿Te sonríes, Casio?

CASIO

¡Sueña, feliz mortal, sueña! No quiero
por tan breves instantes arrancarte
las ilusiones de tu dulce sueño.
Corto será: y el despertar ¡qué amargo!

BRUTO

¿Conque ya no hay virtud? ¿Conque derecho,
justicia, amor de patria, son palabras,
palabras nada más? ¿Conque yo duermo?
Hoy otra vez me lo recuerdan: mira.

(Mostrándole el escrito.)

CASIO
¿En tu casa?

BRUTO
¿En la silla!

CASIO
Y son diversos
los caracteres; pero el mismo grito.
(*Leyendo.*)
«¿Despierta, Bruto!»
¡Inútiles lamentos!
César le adormeció: dejadle: César
a despertarle va: tranquilo espero.

Escena VII

CASIO, BRUTO, CICERÓN, EL PUEBLO.

(*Cicerón viene por la izquierda del fondo.*)

CICERÓN
¡Dame albricias, oh Casio! ¡Aún estas canas
pueden salvar a Roma!

CASIO
No te entiendo.

CICERÓN
¡Quieren darnos un rey!

BRUTO
¡Un rey!

CICERÓN
¡La obra
deshacer quieren de tu heroico abuelo!

BRUTO
¡Un rey!

CICERÓN
No lo temáis.

CASIO

¡Habla!

CICERÓN

Llamado

fui a casa de César ha un momento.
Voy, llego, me introducen, y hallo juntos
a Hircio, Lépido, Pansa, Planco, Decio,
a los suyos en fin, que un grave asunto
tratando estaban. Salen a mi encuentro
todos, y con benévolo semblante
asiéndome las manos: «Tú eres nuestro,
me dicen, Marco Tulio; tú, lumbrera
del Senado y del Foro; tú, el primero
en ciencia y en virtud... (Esto decían.)
Oye: vas a juzgar. Se ha descubierto
que, según en los libros sibilinos
escrito está desde remotos tiempos,
no vencerá a los Partos quien no lleve
el título de rey. César, dispuesto
a marchar a esa guerra, el vaticinio
desprecia del oráculo. ¿Y es cuerdo
que por su temeraria confianza
la victoria de Roma aventuremos?
¡Apóyenos tu voz en el Senado,
rayo de la elocuencia! ¡Suene el eco
de esa tu ardiente inspiración divina,
que es orgullo al romano, envidia al griego!...
(Esto decían.) Habla, y la corona
a César das; y a Roma el triunfo cierto.»

CASIO

¿Y hablarás?

CICERÓN

No hablaré. Tranquilizaos:
no será rey; a Túsculo me ausento.

CASIO

¡Callar! ¡Partir! ¿Qué dices? A la patria
no le basta tu fuga y tu silencio.
Esa elocuencia que al tirano niegas
se la debes a Roma. Aquí es tu puesto,
en el Senado. Y cuando llegue el día,
álzate audaz, y como en otro tiempo,
grítale entonces: «¿Hasta cuándo, César,
abusarás del sufrimiento nuestro?»

Cicerón, tu palabra a los traidores
dará espanto; y a todos, con tu ejemplo,
nos verás contra el pérfido tirano
la voz alzar, y si es preciso, el hierro.

CICERÓN

¡El hierro! -De tus años juveniles
el ciego ardor, la inexperiencia veo,
y perdono el ultraje. ¡El hierro, dices!
¿Piensas que torne a renacer de nuevo
la libertad aquí, donde bañado
Sila en sangre de nobles y plebeyos,
cansado de matar, depuso el hacha,
y vivió impune, y expiró en su lecho?
¿No hubo un puñal en Roma contra Sila
y le habrá contra César? -No acusemos
de injusticia a los dioses. -Ya se junta
el pueblo aquí. Yo parto. A ver los juegos
César vendrá: que mi partida sepa.
No será rey. Para estorbar su intento
basta echar, noble Casio, en la balanza
de Cicerón la ausencia y el silencio.

(Se va.)

Escena VIII

CASIO, BRUTO, TREBONIO, CASCA, EL PUEBLO.

(Va llegando al Foro por diversos puntos el pueblo. Trebonio y Casca llegan al marchar Cicerón, y hablan misteriosamente con Casio. -Bruto está aparte, caviloso.)

TREBONIO

¿Dónde va Cicerón?

CASIO

Al Tusculano.

CASCA

¿No apoyará el sacrílego proyecto?

CASIO

¿Sabéis?...

TREBONIO

¡Todo!

CASCA

¿Qué es esto? ¿Huye el cobarde?

¡Vendrá el día, Trebonio, y no tendremos su autorizada voz! ¡Nos falta un nombre popular que a los tímidos dé aliento!

CASIO

No faltará: ¡mirad!

CASCA

¡Bruto!

TREBONIO

¿Es posible?

CASIO

Nuestro será.

BRUTO, *aparte*.

¡No acabo de creerlo!

(Movimiento en el pueblo, que dirige sus miradas hacia la izquierda, y procura tomar sitio, trepando algunos a la escalinata, a los pedestales de las estatuas y los capiteles. - Casca y Trebonio se dirigen hacia la izquierda a unirse a la comitiva.)

UNOS

¡César! ¡César!

OTROS

¡Ya viene!

UNO

¡Ciudadanos!

¡Saludémosle todos!

OTRO

No olvidemos

el consejo de Bruto.

OTRO

Sí: aclamarle

debemos: ¡Padre de la patria!

OTRO

Es cierto:
sólo ese grito le complace.

OTRO

Bruto
nos lo ha dicho.

VARIOS

Sigamos su consejo.

(Entretanto ha salido la guardia de César, y se ha colocado detrás de la tribuna.)

CASIO

¡Siempre con él su guardia de españoles!

Escena IX

CASIO, BRUTO, CASCA, TREBONIO, CÉSAR, DECIO, LÉPIDO, CIMBRO, CINA,
PUBLIO SIRO, LABERIO, SENADORES, GUARDIA, PUEBLO DE AMBOS SEXOS,
LICTORES.

*(Sale por la izquierda del Foro César, vestido de ropas triunfales, precedido de los
lictos y acompañado de las personas que antes se citan.)*

PUEBLO

¡Salud a César!

CÉSAR

¡Al romano pueblo
salud!

PUEBLO

¡Salud al Padre de la patria!

*(Sube César a la tribuna, donde estará colocada la silla de oro. Decio se acerca al paso
con disimulo a Casio.)*

DECIO

¿Se decidió?

CASIO

Aún vacila.

DECIO

Será nuestro
de aquí a un instante: aguarda.

(Los sacerdotes de Luperco aparecen por la derecha del Foro con una ara donde arde una llama y con instrumentos músicos.)

UN SACERDOTE

Tu mandato
se espera, ¡oh César!

CÉSAR

Comenzad los juegos.

(César se sienta: los sacerdotes colocan el ara delante de la tribuna y queman perfumes, que se elevan hasta César en nubes de humo, entonando al son de la música el siguiente coro:)

HIMNO A LUPERCO

Sacro ministro del potente Jove:
fuente de vida, animador del mundo:
numen fecundo, tutelar de Roma,
¡divo Luperco!
Blando rocío los sedientos prados
riegue, y del grano, que su seno encierra,
brote la tierra, a tu amoroso aliento,
frutos opimos.
Hoy solitaria, contemplando en torno
tálamo estéril, silenciosos lares,
va tus altares a colmar de ofrendas
casta matrona.
Vele tus formas vaporosa nube:
deja el Olimpo, los espacios hiende:
numen, desciende: su mayor tesoro
Roma te fía.
¡Numen, desciende! La fulmínea espada
César esgrime contra el Parto rudo:
cubra tu escudo al dictador de Roma,
¡divo Luperco!

(Durante el coro, el pueblo ha abierto calle a las carreras, y los lupercos, desnudos de medio cuerpo arriba y coronados de pámpanos, han cruzado corriendo, azotando con correas a los que hallaban al paso, principalmente a las mujeres que presentaban las palmas de las manos para recibir el golpe, por creer que así dejaban de ser estériles. Al terminar el coro aparece, por la derecha del Foro, Marco Antonio, seguido de sus lupercos -él y ellos con el traje propio de la ceremonia- y Lucio Cota.)

Escena X

LOS ANTERIORES, MARCO ANTONIO, LUCIO COTA Y LOS LUPERCOS.

ANTONIO

¡No prosigáis! En vano a las deidades
el triunfo les pedís. Caerá de nuevo,
como Craso cayó, quien a los Partos
pretenda sojuzgar, contra el decreto
inmutable del hado. -Lucio Cota,
quindecenviro: tú, que los misterios
penetras de los libros sibilinos,
habla: ¿qué dicen?

LUCIO COTA

«Que ningún guerrero,
que rey no sea, vencerá a los Partos.»

ANTONIO

¡César, vas a marchar! Para vencerlos
falta a tu frente la real diadema
y yo en nombre de Roma te la ofrezco.

(Dice esto subiendo a la tribuna y haciendo ademán de poner la corona real sobre la cabeza de César. Óyese un ruido sordo y confuso entre el pueblo.)

PUEBLO

¡Un rey! ¡Un rey!

LOS LUPERCOS *(Aplaudiendo.)*

¡Salud al rey de Roma!

CÉSAR

¿Qué haces, Antonio? -Aparta: no la acepto.

(Aparta con la mano la corona: el pueblo aplaude.)

PUEBLO

¡No! ¡Viva César, Padre de la patria!

CÉSAR *(Poniéndose en pie.)*

Ese nombre me basta. Yo no anhelo
más que la dicha y el amor de Roma.
El título de rey en otros tiempos

fue grato a la ciudad. Rey se llamaba
Rómulo, fundador de este gran pueblo.
Rey Anco Marcio, y Tulio, y Numa, ¡Numa,
sabio legislador, rey justiciero!
De la impúdica frente de Tarquino,
indigno sucesor del noble Servio,
esta, que Roma veneraba un día,
sagrada insignia del poder supremo
deslustrada cayó. No, ciudadanos,
no ceñirá mi sien, sin que primero
purificada sea. Al capitolio
llevadla al punto. A Júpiter excelso
con ella coronad. ¡Júpiter sólo
puede ser rey de Roma! -Si por medio
de la voz de su oráculo nos manda
transmitirla a otra frente, porque en ello
libra la patria su salud, su gloria,
el triunfo de sus armas, el aliento
de las legiones, júzguelo el Senado.
Si él lo decreta, y lo sanciona el pueblo,
obedecerlo juro: si uno y otro
lo rechazan, ¡no importa! Yo contento
a la lid partiré, llevando el nombre
que he llevado hasta aquí. Basta el que tengo:
¡César! ¡Ya lo conoce la victoria!
¿Hay quien sospeche que ceñir pretendo
la regia insignia para ser tirano?

PUEBLO

¡No! ¡No!

CÉSAR

Desde hoy a vuestro amor me entrego.
disuélvase mi guardia. Veteranos:
yo os relevo del sacro juramento.
Os llamaré cuando a la guerra parta:
¡ya ciudadanos sois, volved al pueblo!

*(La guardia se disuelve y confunde con la multitud, que abraza a los soldados. -César
baja de la tribuna.)*

PUEBLO

¡Gloria a César, al Padre de la patria!

CÉSAR

¡Lictores, apartad!

(Al pueblo.)

Aquí indefenso
tenéis a César. El pesado yugo
con su muerte rompéd: he aquí mi cuello,
romanos: si teméis mi tiranía,
llegad, herid: desnudo os lo presento.

(Adelantándose en medio del pueblo y retirando de su cuello la toga.)

PUEBLO

¡César es nuestro padre, nuestro numen!

CÉSAR

¡No hay más numen que Júpiter supremo!
Vamos al templo. Dadme esa corona:
¡yo en su cabeza colocarla quiero!
¡Seguidme al Capitolio!...

PUEBLO

¡Al Capitolio!

(El pueblo se lleva a César en triunfo al Capitolio.)

LABERIO, *aparte.*

¡Publio Siro, qué actor!

PUBLIO SIRO, *aparte.*

¡Qué actor, Laberio!

(Siguen la comitiva de César.)

CASIO, *a Bruto.*

¿Lo has oído?, ¿lo has visto?

BRUTO

¡Oh desventura!

CASIO

¿Duermes, Bruto?

BRUTO

¡No, Casio: estoy despierto!

Acto cuarto

En casa de Bruto. -Es de noche. -Una lámpara encendida.

Escena I

BRUTO, CASIO.

(Bruto está sentado y pensativo. Levántase al ver entrar a Casio.)

CASIO

¡No me engañé! Por más que su carrera
mediando está la noche, aquí mis pasos
encaminé sin vacilar, seguro
de hallar a Bruto en pie, solo y velando.

BRUTO

¿Qué causa a tales horas te conduce?

CASIO

Causa de urgencia tal, que no da espacio.
Al venidero día, por decreto
del dictador, se juntará el Senado.
Esta noche, en su casa, con aviso
transmitido por fieles emisarios,
secreto conciliábulo celebran
los parciales de César. Yo entretanto
a los nuestros convoco, los animo,
y pronuncio tu nombre. Al escucharlo,
¡vieras de aquellas almas generosas
el vivo ardor, el férvido entusiasmo!
Todos anhelan verte, y que la senda
que conviene seguir trace tu labio,
si se intenta mañana un voto indigno
al Senado arrancar.

BRUTO

¿Tú piensas, Casio,
que mañana proyectan?...

CASIO

Si consientes
a los que piden estrechar tu mano
que a tu presencia vengan, esta noche
todo aquí lo sabremos... Ya en el atrio
los siento.

BRUTO

Hazlos entrar.

CASIO
Llegad, amigos.

Escena II

BRUTO, CASIO, CASCA, TREBONIO, CIMBRO, CINA, FLAVIO, MARCELO,
OTROS SENADORES.

CASCA
Aquí nos tienes, Bruto, despojados
de la máscara vil, que fundamento
fue de tu error y nuestro oprobio. Danos
a estrechar esa diestra: ¡en ella sola
la salvación de Roma contemplamos!

BRUTO
¡Cuánto es mi asombro al veros! ¡Sois vosotros!
¡Es posible! ¡Tú, Casca, para el cargo
de tribuno por César elegido!
¡Tú, Atilio Cimbro, en frecuentar su trato
siempre el primero! ¡Tú, Cornelio Cina,
pretor por su elección, deudo cercano
del dictador! Y tú, ¡mayor asombro!,
tú aquí, Cayo Trebonio: ¡tú, nombrado
por César senador, cónsul por César,
que te prodiga honores!...

TREBONIO
Nunca tantos
como a ti te prodiga. -Roma es antes
que el privado interés. ¿Pensaste acaso
que la estoica virtud sólo era tuya?

BRUTO
¡No! Mas sé lo que cuesta a un pecho honrado,
y el hallarla me admira.

CASIO
¿No te dije
que eras injusto, Bruto? Estás mirando
aquí virtud y abnegación doquiera.
¡No es muerta Roma, no!

CASCA

Todos estamos
pendientes de tu voz.

CIMBRO

Nos falta sólo
Quinto Ligario.

CASIO

¡No vendrá! Postrado
el triste yace por aguda fiebre
en su lecho.

Escena III

LOS ANTERIORES, LIGARIO, OTRO SENADOR.

(Ligario sale apoyado en un báculo y en el brazo de un senador: pálido el rostro y con la agitación de la fiebre.)

LIGARIO

¡Aquí está Quinto Ligario!
Pues ha sanado del letargo Bruto,
también de mi dolencia yo he sanado.

BRUTO

¿Tú con nosotros?

LIGARIO

¿Por qué no? Si César
me perdonó la vida, no me hallo
sujeto a gratitud. ¿A mí la vida?
¡Rubor me causa! ¿Quién es el romano
que puede en mí de vida ni de muerte
el derecho ejercer, sin usurparlo?
¡Mi perdón fue un insulto hecho a la patria!
Fue decirnos que el aire que aspiramos
es don de su piedad, gracia de César.
¿Quién vive así? ¡Yo no! ¡Del lecho salto
delirante y febril, no bien escucho
tu nombre, Bruto! Si meditas algo
digno de ti y de Roma, aquí dispuesto
a seguirte me tienes. ¡Aunque flaco
mi cuerpo está, mi espíritu está entero!

CASIO

¡Oh esperanza de Roma! ¡El desengaño
ves aquí, Bruto!

CASCA

En tu presencia tienes
a todos ya.

CASIO

No a todos: uno aguardo,
uno, que aquí esta noche entre nosotros
veréis aparecer; quien más lejano
de vuestra mente está; quien ni aun en sueños
imaginar podéis.

BRUTO

¡Tú has hecho, Casio,
grandes conquistas!

CASIO

Casio no: ¡tu nombre!

CASCA

¿Quién será?... ¿Marco Antonio?

CASIO

¡Aún más cercano
al dictador!

LIGARIO

¡A que nos trae a César!

CASIO

Si no a César, al que es depositario
de sus secretos, de sus planes todos:
al que a decirnos viene qué atentado
se prepara mañana contra Roma.
¡Vedle aquí!

Escena VI

LOS ANTERIORES, DECIO BRUTO.

TODOS
¡Decio Bruto!

BRUTO
¡Decio!

DECIO
¡Marco!

(Ambos se dan la mano.)

BRUTO
De éste no me sorprendo: Decio Bruto
se llama: ¡el nombre obliga!

DECIO
¡Sí, romanos!
Fiel a mi nombre, vedme entre vosotros.
Siempre enemigo fui del que, afectando
salvar las leyes, el poder supremo
hipócrita ambiciona. Ese conato
vi en Pompeyo, ¡perdóneme su sombra!
Por eso estuve en el opuesto bando.
Y si él logrado la victoria hubiese
en Farsalia, creedme, quizá tanto
no tardara en llegar su tiranía.
Lo que hice entonces con Pompeyo, hoy hago
con César, hoy que sin pudor descubre
el rostro audaz, la máscara arrojando.

CASIO
Pues ¿qué intenta?

CASCA
¿Qué suerte nos aguarda?

DECIO
¡La vergüenza! ¡Morir, o ser esclavos!

TODOS
¿Qué dices?

CASIO
¡Habla!

DECIO

Oíd. -Por orden suya,
ya sabéis que esta noche en su palacio
los senadores se juntaban. César
aparece: con gritos de entusiasmo
acogen su presencia: quien le llama
«El salvador de Roma»; quien, «el rayo
de la guerra»; quien, «padre de la patria».
Él con aspecto frío esos dictados
parecía escuchar; cuando entre aquella
ruidosa aclamación la voz alzando
Marco Antonio, repite el vaticinio
de la Sibila, y grita que el Senado
no le deje partir, si antes no acepta
el título de rey. Al escucharlo,
yo vi ¡no lo dudéis! en más de un rostro
asomar el rubor. Pero arrastrados
por el clamor de Antonio y de los suyos,
todos prorrumpen en ferviente aplauso.
César procura su profundo gozo
hipócrita encubrir; por largo espacio
se hace rogar: hasta que al fin vencido:
«Acepto, dice, no por mí, romanos;
¡por la salud de Roma!» Alzan entonces
furibundo clamor sus partidarios:
triumfa la adulación, sucumbe el miedo...
¡Mañana es rey!

TODOS
¿Mañana?

DECIO
A proclamarlo
todos resueltos van. Será de César
en la familia el trono hereditario.
Por tierra y mar ostentará en su frente
la corona real; sólo vedado
llevarla en Roma le será... -¡Reliquias,
último esfuerzo del pudor romano!
También mañana de su regio trono
el heredero nombrará. Por varios
indicios sé que designar intenta...
¿A quién diréis?... ¡A su sobrino Octavio!

TODOS
¡Octavio!

CASIO

¡Octavio, ese mancebo imberbe!...

DECIO

Que a Brindis arribó, y acaudillando
las legiones, mañana le veremos
a las puertas de Roma.

CASIO

¡Preparado
con astucia infernal el golpe estaba!
¡No hay salvación! ¡Él tiene ya en su mano
el poder de la ley y el de la fuerza!

LIGARIO

Contra esa ley de oprobio rebelaros
a vosotros os toca, senadores.
Yo no lo soy; pero mi voz, en tanto
que la vuestra elocuente y poderosa
allí combate y triunfa, el vil letargo
sacudirá de la indignada plebe;
y a esa ley y a esa fuerza, que el tirano
quiere usurpar, responderán terribles,
con la fuerza y la ley, pueblo y Senado.

CASIO

¡Tú deliras, Ligario! La elocuencia
no es aquí de sazón. En los escaños
de la romana Curia ¿no estás viendo
la multitud de advenedizos galos
que allí sentó la voluntad de César?
Todos le aclamarán; y el temerario
que ose mañana combatir sus votos,
prepárese a morir. -Pues bien, ¡muramos!
Ese es nuestro deber. Mañana, amigos,
cuando puestos en pie, tendiendo el brazo,
esos envilecidos senadores,
para elevarlo al trono soberano
su voto den; inmóviles nosotros
en la silla curul, se lo negamos.
Firmar será nuestra mortal sentencia;
¡no lo dudéis! -¿Qué importa? El pecho esclavo
compre la vida a precio de la infamia;
¡Casio quiere morir libre y honrado!

TODOS

¡Todos contigo moriremos, todos!

BRUTO

¿Qué proferís? ¿Qué súbito desmayo
vuestro espíritu embarga? ¡No os conozco!
¿Quién habla de morir? Cuando un tirano
quiere a Roma humillar, Roma a sus hijos
no les manda morir, sino matarlo.
¡Muera César!

LIGARIO

¡Así! ¡Digna palabra!
¡Grito de salvación, que antes Ligario
no ha osado pronunciar, porque esperaba
verlo salir de tus ilustres labios!

CASIO

¡Aquí en mi corazón también bullía!
¡Y en todos, sí! Mas ¿quién el grito santo,
quién era digno de lanzar, primero
que el noble sucesor del gran romano
que fundó la República? ¿Su voto
escucháis? ¡Muera César!

TODOS

¡Muera!

DECIO

¿Y cuándo
la ejecución?

TREBONIO

Asegurar el golpe
conviene.

CINA

Fácil es: ayer incauto
su guardia despidió.

CASCA

Juremos todos
que a su vez cada cual sabrá acecharlo,
y en ocasión propicia darle muerte.

DECIO

En el campo de Marte.

TREBONIO

En el teatro.

CINA

Mejor en los comicios.

LIGARIO

Más seguro

en los comicios es. Marcelo y Flavio
tribunos son del pueblo: aquí presentes
los miráis, contra César conjurados.
Yo el golpe le daré: ¿juráis vosotros
amotinar la plebe?

MARCELO Y FLAVIO

Lo juramos.

LIGARIO

¡Conjuración sublime!...

BRUTO

Yo a mi casa

para tramar conjuración no os llamo:
¡os junto en tribunal! Jueces de César
somos, y no enemigos: nuestro fallo
venganza no ha de ser, sino sentencia.
No, no es mi voto que a matarlo vamos,
cual vil ladrón que al caminante acecha
en la tiniebla, y lo asesina al paso.
¡No es eso digno de nosotros! Bruto
para tan torpe acción no da su brazo.
César por sus hazañas merecía
los honores que goza; y yo declaro
que merece la muerte, porque quiso,
antes que recibirlos, usurparlos.
¡Muera César, y muera antes que logre
al Senado matar! ¡No consintamos
que Roma tenga rey ni un solo instante!
Si mañana por rey quieren jurarlo,
¡muera mañana!

LIGARIO

¿Y dónde?

BRUTO

Donde intentan
el crimen consumir: ¡en el Senado!

TODOS
¡Mañana!

CASIO
Él manda: obedecer nos toca.
¡Muera César mañana! ¿Qué arriesgamos?
¿La vida? Hace un instante que ofrecimos
sacrificarla con valor: pues ¿cuánto
más glorioso será caer revueltos
con el sangriento cuerpo del tirano?

DECIO
¡No lo temáis: herid! Por vuestras vidas
yo velaré: mañana en torno al atrio
de Pompeyo, quinientos gladiadores,
que a sueldo tengo, acudirán armados.

CASIO
¡Compañeros! Si el cielo nos ampara,
no os contentéis con derribar el árbol,
cuya sombra mortífera nos roba
del puro sol de libertad los rayos.
Las raíces que en torno le alimentan,
con el hierro extirpad: o preparaos
a verle retoñar, tronco gigante
que sobre Roma tenderá sus brazos.
¡No caiga solo César, con él caigan
su amigo Antonio y su heredero Octavio!

TREBONIO
¡Y Lépido también!

DECIO
¡Y Dolabela!

BRUTO
¡Callad! ¡Por vuestra boca están hablando
miedo y rencor! -Inútil hecatombe
queréis sacrificar. ¡Sólo tiranos
consiente el cielo en Roma, de la raza
de los Silas, los Césares, los Marios!
Ni a la fuerza apeléis: si nuestra causa
es noble y justa, su celeste amparo

los dioses le darán; y no busquemos
vil apoyo en indignos mercenarios.
Puñales para herir, los nuestros sólo:
víctimas, sólo César. Sentenciado
por las leyes está: de la sentencia
son los ejecutores nuestros brazos.
¿Cómo, si no, sobre su noble pecho
alzara yo el puñal? ¡Yo, tan colmado
por él de beneficios, de mercedes,
tan querido de César, que al matarlo
fuera Bruto el peor de los traidores,
si no fuera el mejor de los romanos!
¡Roma le debe gratitud y muerte!
Autor de su grandeza y de su estrago,
sus hazañas, de hoy más, borradas quedan
para el perdón; ¡mas no para el aplauso!
¡Vedle salvar las cumbres de Pirene,
y al Gallego vencer, y al Lusitano,
en el confín adonde al mar de Atlante
rinden tributo el Miño, el Duero, el Tajo!
¡Vedle en dos lustros de sangrientas lides
las Galias sojuzgar! ¡Vedle, domando
del Rhin caudal la rápida corriente,
someter al Teutón! ¡Del Oceano
vedle cortar con atrevida prora
la no surcada espalda, allá plantando
las águilas de Roma, do se ocultan
divididos del orbe los Britanos!
¡Mirad, mirad qué vida nuestro acero
va mañana a cortar! Al desnudarlo,
¡ni el odio os ciegue ni el rencor os guíe!
¡Matémosle sin ira, ciudadanos!
¡No somos asesinos! ¡Sacerdotes
somos de la República, que armados
con el sagrado acero, en las entrañas
de una sublime víctima buscamos
la libertad de la oprimida patria!
¡Sobre su pecho con segura mano
vibrad el hierro, y apartad el rostro
con respeto y dolor! Así el mandato
de Roma cumpliréis, que para herirle
os presenta el puñal, bañada en llanto.
¡Oh sacrificio grande y lacrimoso!
¡Oh César! ¡Oh dolor! -¡Fuérame dado
matar su intento, sin matar su vida!

CASIO
¿Lloras, Bruto?

BRUTO
¡Mañana le matamos!
¿Teméis? ¿Dudáis? ¡Lo mataré yo solo!

TODOS
¡Mañana!

BRUTO
¡Sí, mañana, en el Senado,
al resplandor del día, descubierto
el rostro, alta la diestra, sepultamos
el puñal vengador en sus entrañas,
sin ira, sin piedad; y en holocausto
a la ofendida Roma le ofrecemos
el cadáver allí de un hijo ingrato!

CASIO
¡Vengador de la ley, he aquí mi diestra!

TODOS
¡He aquí la mía!

(Todos extienden la diestra hacia Bruto.)

CASIO
¡Amigos, separarnos
en silencio conviene: el alba asoma!

UNOS
¡Al Senado mañana!

OTROS
¡Sí, al Senado!

CASIO
El semblante sereno, el hierro oculto.
¡Y en los dioses fiad!

BRUTO
¡Númenes sacros,
oíd mi voz! ¡Haced que eternamente
en este mes, a Marte consagrado,
al Dios potente, fundador de Roma,

el sol que va a nacer, a los tiranos
de un siglo y otro siglo espanto sea,
y a la ciudad glorioso aniversario!

CASIO

¡Los idus son!

BRUTO

¡En los futuros tiempos
fama eterna tendréis, idus de marzo!
(*Los conjurados se retiran.*)

Escena V

BRUTO.

¡Fama eterna este día! Y de mi nombre
¿cuál la fama será? Con el de Casio
envuelto iré, y el de esos miserables,
que aborrecen al hombre, y no al tirano.
«¡Bruto, dirán, el matador de César!»
Sin saber que le admiro, que le amo
-¡y voy a darle muerte!-; que desprecio
a los que son mis cómplices -¡y un lazo
fatal me une con ellos!- ¡Que estén siempre
mi corazón y mi deber luchando!
Así, encendida la civil contienda,
volé resuelto de Pompeyo al campo;
de Pompeyo, asesino de mi padre,
y el acero esgrimí contra el humano
vencedor de Farsalia. -¿Por qué, oh cielo,
por qué en tal confusión truecas los hados,
que la causa del mal a un héroe fías,
y la del bien a tan indignas manos?
¡Oh costosa virtud! -Ya luce el día;
el momento llegó.
(*Tomando el puñal.*)
Puñal sagrado,
ven, escóndete aquí: contigo llevo,
en la dudosa empresa a que me lanzo,
si vencedor, la libertad de Roma;
si vencido, la mía.

Escena VI

BRUTO, SERVILIA.

SERVILIA

Por el atrio,
ha un instante, hijo mío, he visto algunos
de tu estancia salir, si no me engaño.
¿Contigo estaban?

BRUTO

Sí.

SERVILIA

¿Qué te querían?

BRUTO

Concertar nuestros votos. El Senado
hoy se junta.

SERVILIA

¿Hoy se junta? ¿Y le convoca
César?

BRUTO

¡Sí, madre!

SERVILIA

¿Y con qué objeto? ¿Acaso
lo ignoráis?

BRUTO

Lo sabemos.

SERVILIA

¿Y no puedo
saberlo yo?

BRUTO

¡Dichosa, si ignorarlo
pudieras, madre, y yo también! -¿Recuerdas
que aquí mismo, no ha mucho, alimentando
falaces ilusiones, lo aguardabas
todo de César? ¡Llora el desengaño!
¡César quiere ser rey!

SERVILIA

¡Rey!

BRUTO

Para eso
el Senado se junta.

SERVILIA

¿Y el Senado
lo aceptará?

BRUTO

Lo acepta.

SERVILIA

¿Y éstos quieren
combatir la elección? ¿Ésos, que esclavos
viste ayer de Pompeyo y hoy de César?
¡Ah! ¡Todo lo adivino! ¡Hijo adorado!,
no los escuches: de tu claro nombre
su cobarde ambición busca el amparo.
¡Ah!, ¡no será! ¡Tu nombre tiene el cielo
a más noble destino reservado!
¡Dioses, dadme valor! -¡Hijo!, esos hombres
te envidian, te odian, y a su inicuo bando,
para perderte, con astuta maña
te quieren arrastrar. He visto a Casio,
que tu puesto codicia: a Decio Bruto,
que vende a César: y al feroz Ligario,
monstruo de ingratitud. Míralos, hijo;
¡y mira a César!

BRUTO

¡César! -Los romanos,
los señores del mundo, ya a sus ojos
no somos hombres, sino vil rebaño,
paciente grey, que a su placer traspasa,
¿sabes, madre, que un trono hereditario
quiere fundar?

SERVILIA

Lo sé.

BRUTO

¿Los cielos justos
sabes que en tres enlaces han negado

prole de amor a su infecundo lecho?

SERVILIA

¡Ah! -Sigue...

BRUTO

¿Sabes tú quién es el amo
que a su patria destina; el heredero
que intenta designar?

SERVILIA

¿Quién es?

BRUTO

¡Octavio!

SERVILIA

¡Octavio!

BRUTO

Octavio. El dictador le espera:
hoy llega a Roma.

SERVILIA

¡Dioses soberanos!
¡Octavio! ¿Octavio sucesor de César?
¿Octavio rey de Bruto? -¿Y aún mi labio
callará? ¡No, eso no! ¡Sal de mi pecho,
flaqueza criminal! ¡Huye, bastardo
temor, huye de mí! -¡Dioses! ¡Prestadme
fuerza, valor, resolución, que en vano
pido al cobarde pecho, con que a Roma
de un porvenir indigno libertando,
labre su dicha y su salud, y marque
su glorioso destino al hijo amado!

BRUTO

¡Calma esa agitación: no temas: Bruto
cumplirá su deber!

SERVILIA

Tú ignoras...

BRUTO

¡Harto
me has dicho, madre; adiós!

SERVILIA

¡Detente! ¿Adónde
vas?

BRUTO

Al Pretorio voy: mi noble cargo
me llama al tribunal.

SERVILIA

¿Y luego?...

BRUTO

Luego...

SERVILIA

¿Al Senado no irás?

BRUTO

¡Iré al Senado!

SERVILIA

¡Júralo!

BRUTO

¡Te lo juro!

SERVILIA

¡Estoy tranquila!
¡Vete, hijo! -Aguarda. ¡Ven... ven a mis brazos!

(Se abrazan.)

BRUTO

¡Madre, adiós!

(Aparte.)

¡Quizá el último este sea!

SERVILIA

¡Hijo, adiós!

(Aparte.)

¡Es el último este abrazo!

(Se va Bruto.)

Escena VII

SERVILIA.

¡Qué repentina luz hiere mi mente
y penetra mi ser! ¡Qué desusado
valor, qué heroico espíritu me alienta
y a la inmortalidad guía mis pasos!
¡Dioses que me inspiráis! ¡Servilia os oye,
y a obedeceros va! Si sella el labio
de la madre de Bruto indigno miedo,
la hermana de Catón arma su brazo.
¡Licia! -El escrito es este. Aquí mi nombre.
(*Saca el pergamino y firma en él.*)
¡Mi sentencia firmé!

Escena VIII

SERVILIA, LICIA.

SERVILIA

Licia, volando,
al palacio de César: este escrito
pon en su mano: ¿entiendes?, en su mano.

LICIA

Serás obedecida.
(*Se va Licia.*)

Escena IX

SERVILIA.

¡Digna madre,
digna romana soy! -Bruto, hijo amado,
tú serás rey de Roma: tus virtudes
eclipsarán las de tu padre acaso:
será el mundo feliz bajo tu imperio,
¡y por mí lo será! -Desde los altos
cielos oiga mi espíritu en tu boca
el perdón que allí espero, si a otorgarlo
te basta el ver que por mi propia diestra
la antigua mancha con mi sangre lavo.
¡Ah!, ¡no será Servilia, viva al menos,
de su hijo execración, de Roma escarnio!

¡He aquí su espada!
(*Toma y desnuda la espada de Bruto.*)
¡Oh sol, tu luz me baña
por la postrera vez!
(*Mirando hacia lo exterior.*)
¡Qué estoy mirando!
Ese vasto edificio que ilumina
con vivo resplandor... es el teatro
de Pompeyo... y la Curia. -El pueblo acude...
lictos los rodean... sobre el mármol
del pavimento colocada miro
la silla de oro... ¡Oh dicha! ¡Allí el Senado
juntarse debe! ¡Y yo desde este sitio,
sola y oculta, contemplar el acto
podré, que es obra mía! ¡Ver de César
la conmoción, del pueblo el entusiasmo!...
Sí, quiero verlo: ¡lo veré! -¡Una hora!...
¡Una hora no más!... Detente, ¡oh brazo!
¡Aguarda para herir que a mi hijo vea
sobre el trono del mundo levantado!

ACTO QUINTO

Plaza de Roma, donde está el gran teatro de Pompeyo, al cual se ve unida la Curia, pórtico con gradería y columnata, que ocupa parte del escenario. Allí la estatua de Pompeyo, la silla de oro destinada para César, y las curules para los senadores. En derredor edificios diversos, y calles que desembocan en la plaza.

Escena I

FLAVIO, MARCELO, ENNIO, PUEBLO, LICTORES.

(Lictos colocados de trecho en trecho alrededor de la Curia. -Grupos de pueblo en diversos puntos de la plaza, tomando puesto para ver la ceremonia. Entre ellos Ennio, el esclavo de Casio. -Aparecen los tribunos Flavio y Marcelo por opuestos lados.)

MARCELO Heme aquí, Flavio.

FLAVIO A un tiempo nos juntamos.

MARCELO Mi tribu he recorrido.

FLAVIO Y yo la mía.

MARCELO ¿Has observado agitación?

FLAVIO Ninguna.

MARCELO Ni yo.

FLAVIO No hay que temer: nadie malicia

nuestra conjuración.

MARCELO Ejecutarla

hoy sin falta debemos, o peligra

un secreto entre tantos.

FLAVIO Hoy sin falta

será. Bruto está al frente: en él confía.

MARCELO Y dime, Flavio: pues tribunos somos

de la plebe, ¿la plebe tú imaginas

que en ello ganará?

FLAVIO Ganará siempre

derribando un tirano que la humilla.

MARCELO ¿Y qué vendrá después?

FLAVIO Lo que viniere

lo veremos después. ¿Por qué no miras

hoy lo presente, lo futuro luego?

MARCELO Lo presente he mirado, y a su ruina

concurro con mi brazo. Pero dime:

la seca y desdeñosa altanería

con que Bruto nos trata, ¿no te infunde

recelo?

FLAVIO Bien: el hierro que hoy esgrimas

no lo envaines; y espera.

MARCELO ¡Calla!

FLAVIO Es Ennio,

un esclavo de Casio.

(A Ennio.)

¿Qué te guía

a estos sitios?

ENNIO Mi dueño me ha mandado

aquí aguardarle.

FLAVIO ¿Dónde está?

ENNIO En la silla

del tribunal.

(Los tribunos se alejan.)

Escena II

LOS DICHOS, LUCIO, ARTEMIDORO.

LUCIO Pues no hay otro recurso,

aquí le esperaremos.

ARTEMIDORO Hoy su vida

vas a salvar; la libertad te aguarda.

LUCIO ¡Plegue a los dioses! En su mano misma

pondremos el escrito.

ARTEMIDORO Antes que suba

esas gradas, sabrá la trama inicua.

ENNIO ¡Lucio!

Anoche Casio, tu señor, con Cina
en casa entró: doliente halló en el lecho
a Ligario: fue corta su visita.
Parten; y a poco alzándose Ligario
encendido y febril, vístese aprisa
y con incierto pie tras ellos sale.
Al despuntar el alba, a la hora misma
que tu señor, a casa volvió el mío.
¡Espanto daba el verle! En fuego ardía
su seca piel: exánime en el lecho
cae; yo a su lado estaba, y en él fijas
mis miradas. -De pronto sobre el codo
se alza como un espectro: sus pupilas
lanzan siniestra llama: ¡de sus miembros
la convulsión el lecho estremecía!
Y en su boca espumante estas cortadas
frases escucho. «¡Hoy es... hoy es el día!
¡Hoy me libro del peso! -Bruto... Casio...
¡Al Senado!... ¡La hora se aproxima!
¡No olvidéis el puñal! ¡Oculto!... ¡oculto!»
Sus palabras el crimen que meditan
me revelan; y a par el pensamiento
de conquistar mi libertad me inspiran.
Ciego, resuelto, le abandono y salgo.
A Artemidoro busco, la noticia
le doy, y ambos de César al palacio
corremos. ¡Vano intento! Casca, Cina,
Decio Bruto la entrada a todos cierran,
y a los curiosos el tribuno obliga
de allí a alejarse. La denuncia entonces
escribe Artemidoro en su nativa
lengua y en nombre de ambos; y aquí a César
esperamos resueltos. Ennio, imita
mi arrojo: a nuestro nombre junta el tuyo,
y por la libertad juega la vida.
ENNIO ¡Jugada está! -¡Son ciertas tus sospechas:
es cierta su traición! Yo en esa intriga
ciego instrumento he sido. Por mandato
de Casio, una vez fui... ¡Tente! ¡Oh divina
inspiración!...
LUCIO ¿Qué piensas?
ENNIO Oye: el golpe
pudiera aquí fallarnos. Quizá impida
la muchedumbre el paso: quizá ocurran...
¡quién sabe! ¡mil azares! -Yo, por dicha,
libre acceso hasta el cónsul Marco Antonio

tengo: el cómo os diré. -De aquí vecina
su casa está: venid: él es de César
amigo fiel.

ARTEMIDORO También fallar podría
ese medio: uno y otro se aprovechen.
Id vosotros al cónsul: la venida
yo aguardaré de César. ¡Ambos medios
no han de fallar!

LUCIO ¡Los dioses nos asistan!
Ven por la libertad.

ENNIO ¡O por la muerte!

LUCIO ¿Qué más nos da? -¿La esclavitud es vida?
(*Se van los esclavos.*)

Escena V

ARTEMIDORO, FLAVIO, MARCELO, PUEBLO, LICTORES, *luego* BRUTO,
CASIO.

ARTEMIDORO ¡Le salvaré: la gratitud me impone
este deber!

FLAVIO Marcelo, ¿no divisas
a Bruto y Casio? Ahí vienen.

MARCELO ¡Los primeros!

FLAVIO ¡Y pudiste dudar!

ARTEMIDORO Ya se encaminan

Bruto y Casio a su puesto: iré yo al mío.

(*Se retira. -Llegan Bruto y Casio.*)

CASIO ¡Salud a los tribunos!

MARCELO Todavía
no ha llegado ninguno.

CASIO A la hora sexta
convocados estamos, y la quinta
no es aún.

MARCELO ¿Y vendrán?

BRUTO Para esta empresa

con uno basta, y somos dos. -Retira
del pórtico a la plebe: no conviene
que presencie el suceso. La noticia
saldrá de ese recinto autorizada;
que el ser el hecho allí, le califica,
y desnudo de lástimas plebeyas,
brillará en su grandeza y su justicia.

MARCELO Lo haré. -Lictores, despejad la Curia.

(*Los lictores hacen retroceder al pueblo al fondo. -Van llegando por diversas calles y
con intervalos los senadores, de los cuales, unos se quedan conferenciando en el pórtico
y otros entran en la Curia.*)

Escena IV

LOS DICHOS, CASCA, TREBONIO, CIMBRO, CINA.

CASCA ¡Malas nuevas!

CASIO ¿Qué ocurre?

CASCA ¡Contrarían

los hados nuestro plan!

CASIO ¿Cómo?

CASCA Al Senado

quizá no venga César.

MARCELO ¿Qué motiva

esa resolución?

CASCA Ante los Lares

que en su palacio el pórtico autorizan,

hoy al primer albor del sol naciente

sacrificó el arúspice Espurina

una cándida res; y en sus entrañas

siniestro agüero presentó a su vista:

¡faltaba el corazón! -Todos a César

la nueva dan, y unánimes opinan

que no vaya al Senado. Él los escucha,

y responde impasible: «Si a la víctima

le falta corazón, a mí me sobra.»

BRUTO ¡Oh, vendrá!

CASCA De la estancia en que aún dormía

su esposa, llega entonces a su oído

un confuso rumor: allí encamina

sus pasos, entra silencioso, llega

al pie del lecho, y a Calpurnia mira

con un ensueño lúgubre luchando.

Ambos brazos convulsos extendía,

y entre ahogados sollozos exclamaba:

«¡Tened!... ¡perdón!... ¡perdón!» Lumbre rojiza

destellaba una lámpara, y el aire

en resplandor sangriento se teñía.

Despierta luego, y abrazando a César,

por su amor, por los Dioses le suplica

que no salga por hoy; que ha visto en sueños

cien puñales alzarse, y a él sin vida

en sus brazos caer. -Decio del caso

nos ha informado; y teme que se rinda

César por fin al llanto de su esposa,

y nuestra junta aplace, y nos despida.

CASIO ¡Fatalidad!

TREBONIO ¿Qué haremos?

CINA Si se aplaza,

nuestro plan se divulga.

MARCELO Y si transpira,
la muerte nos aguarda.
CASCA ¡Muerte a todos!
CASIO Bruto, ¿qué dices?
BRUTO ¿Qué queréis que os diga?
Cuando se trata de salvar a Roma,
¿a qué tanto pensar en nuestras vidas?
CASCA ¡Nuestra muerte es la suya!
CASIO Y sin salvarla,
duro es morir.
BRUTO ¡Vivimos todavía!
¡Calma! Este es nuestro puesto: aquí aguardemos.
FLAVIO ¡Disimulad! -¡El cónsul!
(*Aparecen los lictores precediendo al cónsul.*)

Escena V

LOS DICHOS, MARCO ANTONIO, LICTORES.

ANTONIO (*A sus lictores.*)

Id aprisa,

a Lépidο buscad: aquí lo aguardo.

(*Se va un lictor. -Él dice aparte:*)

¡Ellos son! ¡La denuncia se confirma!

Exploremos.

CASIO ¡Salud a Marco Antonio!

ANTONIO ¡Salud a los pretores!

CASIO ¿Tu venida

la de César anuncia?

ANTONIO Siempre visteis

puntual al dictador.

CASIO El rey podría,

haciéndose esperar, su omnipotencia

querer mostrarnos.

ANTONIO ¡Rey! Para que ciña

la corona real, fuerza es primero

que un senadoconsulto lo decida,

y lo sancione el pueblo.

CASIO Nuestro voto

le daremos allí.

FLAVIO Flavio os afirma

que lo que en el Senado se resuelva

sancionará la plebe.

ANTONIO, *aparte.* ¡No mentían

los esclavos! ¡Bien hice! -Senadores:

en este acto solemne, en que se cifra

el porvenir de Roma, toca al cónsul

por vosotros velar, para que emitan

todos con plena libertad sus votos.
Lictores, alejaos: las avenidas
guardad: sólo a los Padres del Senado
llegar hasta la Curia se permita.
(*Los lictores que rodeaban la Curia se retiran al fondo.*)

Escena VI

LOS DICHOS, LÉPIDO Y EL LICTOR.

LÉPIDO De ti llamado con urgencia, cónsul,
a tu mandato estoy.

ANTONIO Tú, que acaudillas
la orden ecuestre, Lépidio, conduce
al instante a la puerta Tiburtina
infantes y jinetes: ni un soldado
en Roma quede: y si entretanto arriban
las legiones de Brindis, que allí aguarden
las órdenes del cónsul.

LÉPIDO A cumplirlas
corro sin dilación.
(*Se va.*)

Escena VII

LOS DICHOS, *menos* LÉPIDO. -VALERIO, *jefe de los lictores.*

ANTONIO Llega, Valerio.

VALERIO, *aparte.* Hecho está.

ANTONIO, *aparte.* ¿Y los esclavos?

VALERIO, *aparte.* A mi vista,
en el fondo del Tíber.

ANTONIO, *aparte.* Del secreto
único dueño soy. -César, expía
tu negra ingratitud. -¿Mi rey Octavio?
¡Ah! ¡No será mientras Antonio viva!
(*Se va con sus lictores.*)

Escena VIII

LOS DICHOS, *menos* MARCO ANTONIO Y SUS LICTORES. *Después*
DECIO BRUTO.

CASCA ¡Sin sospecharlo, nuestro intento ayuda!

CASIO ¿Sin sospecharlo? -¡Acaso!

TREBONIO ¡Qué! ¿Imaginas?...

MARCELO ¡Misterioso es su hablar!

CASCA ¡Su ausencia extraña!

FLAVIO ¡No hay duda, algo penetra!

MARCELO ¡Su perfidia

nos tiende un lazo!

CASIO ¡Aquí está Decio!

TODOS ¡Decio!
CASCA ¡Acaben nuestras dudas!
CASIO ¿Qué noticia
nos das?
DECIO ¡Que viene César!
BRUTO ¡Lo estáis viendo!
CASIO ¿Le persuadiste al fin?
DECIO No: es un enigma
que tiemblo descifrar. -Nada alcanzaban
mis esfuerzos: en vano la propicia
ocasión le pintaba, y el desaire
inmerecido que al Senado hacía,
cuando junto en la Curia le aguardaba
para alzarlo por rey. Era perdida
mi voz. A las plegarias de Calpurnia
iba a ceder; cuando de pronto avisan
que en el pórtico, ha tiempo, ver a César
demandaba una esclava de Servilia.
BRUTO ¡Es mi madre!
DECIO Que al punto la introduzcan
manda. Llega la esclava, y deposita
un escrito en su mano. César lo abre,
le lee: sus ojos de repente brillan,
y a sus párpados lágrimas asoman.
«¡Pronto al Senado!, exclama. Decio, avisa
mi llegada.» -¡Y ahí viene!
CASIO ¿Y ese escrito?
DECIO En su mano arrollado.
CASIO ¡De Servilia!
BRUTO ¡De mi madre!
CASCA ¡Si anoche, por ventura,
nos oyó!...
DECIO Ella es mujer, y condolida
tal vez...
BRUTO ¡Ella es romana, y es mi madre!
CASIO ¿La denuncia a venir le animaría?
MARCELO ¡A venir preparado a castigarnos!
BRUTO Pues bien; si tal sucede, ¡almas mezquinas,
dejadme, huid! ¡Lo mataré yo solo!...
¡Y a ella después!
CASIO ¡Silencio! Él llega.

Escena IX

LOS DICHOS, CÉSAR.

(César viene en litera, traída por ocho esclavos; le preceden los lictores; le acompañan los senadores.)

EL PUEBLO

¡Viva

César!

CÉSAR ¡Salud! ¡Salud, pueblo romano!

(Baja de la litera. -Trae en la mano el pergamino que le envió Servilia. Artemidoro pugna por llegar hasta él.)

ARTEMIDORO ¡Dejadme... quiero hablarle! -César, mira ese escrito.

(Le entrega el pergamino.)

CÉSAR, tomándolo. Lo haré.

ARTEMIDORO ¡Léelo tú solo!

CÉSAR ¡Yo solo!...

(Al abrirlo, ve a Bruto, se dirige a él conmovido, y le pone la mano en el hombro.)

¡Oh! ¡Que aquí estás! ¡Cuánta es mi dicha!

ARTEMIDORO ¡Léelo, César!...

CÉSAR *(Dádoselo a Decio.)*

Entérate.

ARTEMIDORO ¡Tú solo!

DECIO *(Aparte, leyéndolo.)*

¡Cielos!

ARTEMIDORO ¡César, tú solo!

DECIO ¡A ese que grita

llevaos, lictores!

ARTEMIDORO ¡Ah, traidor!

DECIO ¡Llevadle!

(Los lictores sujetan a Artemidoro, que se resiste.)

ARTEMIDORO ¡Traidor!...

DECIO ¡Pronto: a la cárcel Mamertina!

(Se lo llevan. -César, embebecido contemplando a Bruto, a nada atiende.)

ARTEMIDORO *(Perdiéndose a lo lejos su voz.)*

¡Traidor!...

DECIO *(Aparte a los conjurados.)*

¡El golpe luego, o nos perdemos!

Escena X

LOS DICHOS, menos ARTEMIDORO.

CÉSAR ¡En vano, ingrato, mi presencia esquivas!

¡Con lazo estrecho unidos nuestros nombres,

juntos resonarán desde este día

en la remota edad!

BRUTO ¡Así lo espero!

CÉSAR ¡Y para el bien universal!

BRUTO ¡Me anima

también esa esperanza!

CÉSAR Y de vosotros

también espero yo que, a envejecidas

ideas renunciando, deis a Roma

lo que hoy para ser grande necesita:
¡Ser humana! ¡Ser justa! -Esos inmensos
pueblos, que esclavos a sus pies se humillan,
no merecen el yugo; porque nada
guardan de su barbarie primitiva,
y en cultura y saber, en ciencias y artes
quizá con nuestra Italia rivalizan.
¿Cuál es hoy su destino? ¡Ser despojo
de un procónsul rapaz, que sólo aspira
a gozar, a oprimir, a enriquecerse,
esquilmando su mísera provincia!
Libertad piden: y es razón. -Vosotros,
que tanto aborrecéis la tiranía,
¿por qué queréis que la de Roma pese
sobre el mundo, y que os odie y os maldiga?
¿Le hicisteis culto y le queréis esclavo?
¡Error! ¡Funesto error! -En sus conquistas,
donde llevó sus victoriosas armas,
Roma llevó su ser, llevó su vida.
Ya Roma no está aquí: ¡Roma es el mundo!
Y desde el Septentrión a las orillas
del lusitano mar, todo hombre libre
ciudadano romano se apellida.
A que cumpla este fin un dios me llama:
a que destruya toda tiranía:
la vuestra la primera. -Alzose un tiempo
en interés de los patricios Sila,
en interés de los plebeyos Mario:
¡yo en interés de todos! Ley precisa
será, pues todos han de ser iguales,
que uno mande. Hoy aquí la regia insignia
me va a dar el Senado, y yo la acepto:
no por la predicción de la Sibila;
mas porque el bien del mundo la reclama,
y yo me siento digno de ceñirla.
El Senado me aguarda: entrad conmigo;
y escucharéis el nombre del que un día,
de mi sangre heredero y de mi trono,
rey de Roma será. La Italia rija
por mí, dichoso; mientras yo la Armenia
cruzo, conquisto al Parto, la ardua cima
del Caúcaso traspaso, y por los bosques
de la áspera Germania, y las sumisas
Galias, cerrando el círculo, os presento
la tierra entera a vuestros pies rendida.
Todo dispuesto está: mañana marchó.

Entremos, pues. -Y tú, junto a mi silla
te coloca: a mi lado quiero verte.

BRUTO A tu lado estaré.

(Sube César las gradas de la Curia: al llegar a lo alto, el Senado se pone en pie para recibirlo. Entonces Cimbro, que iba detrás de César, le tira de la toga, descubriéndole el cuello y señalando a la estatua de Pompeyo.)

CIMBRO ¡Pompeyo os mira!

CASCA *(Hiriendo a César en el hombro con el puñal.)*

¡Muere, tirano!

CÉSAR *(Arrancándole el puñal y sujetándole del brazo.)*

¡Tente, infame Casca!

¿Qué haces?

LOS CONJURADOS *(Sacando los puñales.)*

¡Muera!

CASCA *(Pugnando por desasirse.)*

¡Favor!

CÉSAR *(Armado del puñal de Casca.)*

¡Contra mi vida

conjurabais, ingratos! ¡Llegad! -¡Cara

la venderé!

BRUTO ¿Tembláis? ¡Oh cobardía!

¡Puñal, Roma lo manda!

(Alza el puñal y se dirige a César.)

CÉSAR ¡Tú, hijo mío!

¡Tú también!

(Arroja el puñal, y se cubre con el manto.)

LOS CONJURADOS ¡Muera!

(Siguen a Bruto, y descargan con furia repetidas veces los puñales sobre César.)

LOS SENADORES ¡Huyamos!

(Los senadores, que estaban en la Curia, se precipitan fuera con espanto: el terror se comunica a los lictores y al pueblo.)

BRUTO ¡La justicia

de Roma se cumplió!

(Ábrese el grupo de los conjurados, y se ve el cadáver de César, tendido al pie de la estatua de Pompeyo, cuyo ancho pedestal le oculta en parte a la vista del público.)

CASIO ¡Pueblo! ¡El tirano

es muerto ya! ¡La sangre que destila

el puñal vengador tu afrenta lava!

¡Álzate, pueblo-rey! ¡Libre te miras!

EL PUEBLO ¡César!... ¡muerto!... ¡qué horror!...

(Huyen despavoridos por diversos puntos.)

LOS CONJURADOS

¡Huyen!

CASIO

¡Corramos!

¡No se extienda el terror que los domina!

¡Mostrémonos por plazas y por calles!

¡Al Foro! ¡Al Capitolio!...

SERVILIA, *dentro.* ¡Bruto!

CASIO (*Yéndose con los conjurados.*)

¡Viva
la libertad!

BRUTO, *deteniéndose.* ¡Mi madre!...

Escena XI

BRUTO, SERVILIA.

SERVILIA ¡Bruto! ¡Es cierto!

¿Qué has hecho?... ¡Di!...

BRUTO ¡Matar la tiranía!

SERVILIA ¡Mátame a mí también! -¡Ese es tu padre!

BRUTO ¡Mi padre!!!...

SERVILIA ¡Lee!

(*Arranca el pergamino de la mano de César, y se lo presenta.*)

BRUTO (*Después de leer.*)

¡Qué horror! -Y tú, Servilia...

SERVILIA ¡Mátame!!!...

BRUTO ¡Te perdono! -¡Gracias, Dioses,

que hasta quedar mi obligación cumplida

no me habéis revelado este secreto!

¡Cuánto mayor esfuerzo al alma mía

le costara, sabiéndolo! Y acaso...

Entonces... -¡Bruto! ¿Qué? ¿Vacilarías?

Calla, fiera virtud, y pues los Dioses

me han querido salvar, nada me digas.

¡Tu inspiración seguí! ¿Qué más me pides?

¡Tu inspiración seguí!... Pues ¿por qué agita

mi pecho hondo terror? ¿Por qué las gentes

en mí sus ojos con espanto fijan?

¡Romano soy!... ¡Soldado de Pompeyo!

¡Alumno de Catón!...

(*Dándole a Servilia el pergamino.*)

¡Madre, aniquila

ese fatal escrito! -Quien a César

mató fue Marco Bruto... ¡Parricida

no me llaméis! -¡Qué lágrimas son estas!

SERVILIA ¡Hijo!...

BRUTO ¡No más flaqueza! -¡Huye, Servilia!...

¡No te conozco ya!... ¡Roma es mi madre!

(*Óyense a lo lejos confusamente gritos del pueblo.*)

SERVILIA ¡Qué lejano rumor!... -¡Ah! ¡Por tu vida

ya comienzo a temblar! -¡Hijo, ese pueblo

amaba a César!... ¡Si a vengarle aspira!...

BRUTO ¡Yo le amaba también!

SERVILIA ¡Ah!, pero en Roma

no busques la virtud que a ti te anima.

¡Sígueme... ven... ocúltate!

BRUTO

¿Cobarde

también me quieres hoy?

SERVILIA

La gritería

se oye más cerca ya. -¿Quién llega? ¡Es Casio!

Escena XII

SERVILIA, BRUTO, CASIO.

CASIO ¡Bruto, te encuentro al fin! ¡Patria, respira!

¡Aún vive Bruto!

SERVILIA

Ese tumulto, Casio,

¿qué anuncia? Di.

CASIO

¡La libertad perdida!

BRUTO

¡Dioses!

SERVILIA

¡Perdida! Pues entonces, dime:

el sangriento cadáver que allí miras,

¿de qué ha servido, Casio?

CASIO

¡Fue viviendo

nuestro baldón, y muerto es nuestra ruina!

SERVILIA ¡Era fundado mi temor! ¡El pueblo

quiere a César vengar!

BRUTO

Con frente altiva

esperemos al pueblo: darle es justo

de nuestra noble acción cuenta cumplida.

CASIO No, no es la voz del soberano pueblo,

del pueblo rey, que premia y que castiga,

eso que oyes sonar; es el rugido

de una turba feroz de gente indigna,

que al yugo se avezó, y hoy dócil sirve

de instrumento a la nueva tiranía.

BRUTO ¿Qué dices, Casio?

CASIO

Escucha: Marco Antonio

nuestro plan sospechaba: en su perfidia,

traidor con César, con nosotros falso,

la herencia recoger se proponía.

Muerto el tirano, a la aterrada plebe

que huyó de aquí, reúne, arenga, excita

contra nosotros: cuéntales que César

ordenó que a su muerte se dividan

entre el pueblo sus bienes, sus jardines

trastiberinos, todo. Conmovida

la plebe llora, a César llama padre,

y en su loca embriaguez «¡venganza!» grita.

Lépido, en esto, se presenta al frente

de sus jinetes, sabe la noticia,

únesse a Antonio, y ambos se proclaman
vengadores de César. Ya venían
sobre Roma los dos, cuando de pronto
óyese hacia la puerta Tiburtina
son de trompetas: las legiones eran
que de Brindis llegaban conducidas
por Octavio. La plebe a vitorearle
corre, le da la nueva: él se apellida
Octavio César, deudo y heredero
del dictador, y humilde solicita
le den favor para vengar su muerte.
Siempre voluble, el pueblo se cautiva
de su rostro infantil, sus delicadas
formas, su tenue voz, su faz marchita,
de su dolencia indicio, y sus facciones,
un tanto a las de César parecidas.
Ebrio de amor, su jefe le proclama.
Celoso Antonio, en pro de su ofendida
autoridad, las haces consulares
manda alzar. En su fiel caballería
al mismo intento Lépido se apoya.
La numerosa hueste que acaudilla
hace avanzar Octavio. -Dos rivales
contempla cada cual... Los tres se miran,
sus fuerzas miden, su rencor ocultan,
¡y en un abrazo pérfido se ligan!
Rompe entonces su furia cual torrente
y cien proscriptos a morir destinan:
¡nosotros los primeros! -Los triunviros
lanzan a la cruel carnicería
sus feroces sicarios, ¡Roma en breve
será un lago de sangre! Yo, por dicha,
entre la confusión salvarme pude,
y en tu busca volé. -¡Bruto, aún la vida
puede ser útil a la patria! ¡Huyamos
de la ciudad!

SERVILIA ¡El pecho de Servilia
será tu escudo!

BRUTO ¡La virtud no existe!
¡Es un nombre, y no más!

CASIO ¡Ya llegan!

Escena última

LOS DICHOS, OCTAVIO, ANTONIO, LÉPIDO, SOLDADOS, PUEBLO.

(Aparecen en el fondo los triunviros: el pueblo los rodea: los soldados los preceden, desnudas las espadas y prontos a lanzarse sobre los proscriptos.)

PUEBLO

¡Viva

César Octavio!

SERVILIA

¡Oh Bruto! ¡Oh inútil crimen!

¡Era forzosa ya la tiranía!

Y tú a un héroe clemente se la arrancas;

¿y a quién la entregas, desdichado? ¡Mira!

(Servilia y Casio se llevan a Bruto. -Los triunviros avanzan.)

LÉPIDO ¡El triunvirato vence!

ANTONIO, *a Octavio.*

¡Roma es nuestra!

PUEBLO ¡Viva César Octavio!

OCTAVIO, *para sí.*

¡Roma es mía!